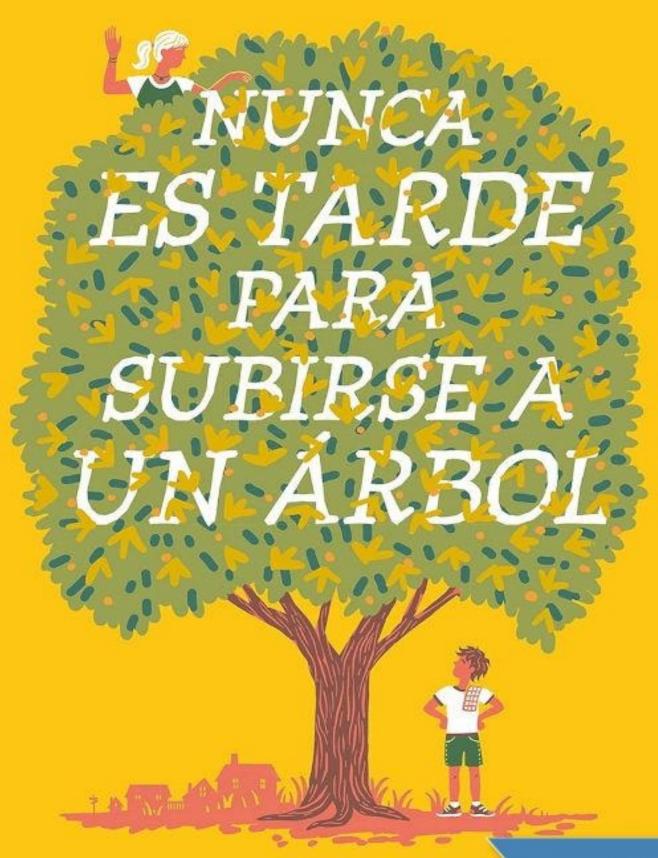
JACO JACOBS



20

Lectulandia

Dos curiosos personajes luchan por salvar un árbol y consiguen movilizar a todo un pueblo.

Marnus tiene trece años y está harto de sentirse invisible, de vivir a la sombra de sus dos hermanos. Al mayor se le da muy bien batir récords de natación y dejar a las chicas suspirando por él. El pequeño es un crío listo y emprendedor que ha conseguido engañarlo para que cargue con la tarea de fregar los platos durante todo el verano.

Sin embargo, una mañana, en la puerta de su casa, aparece una chica llamada Leila. Tiene algo que pedirle: ¿querría ayudarla a salvar un árbol?

Una novela juvenil tierna y divertida en la que un chico y una chica de trece años, que no tienen nada de especiales, se convertirán en héroes.

Jaco Jacobs

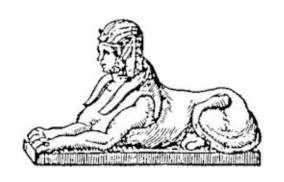
Nunca es tarde para subirse a un árbol

ePub r1.0 Titivillus 11-01-2024 Título original: 'n Goeie dag vir Boomklim

Jaco Jacobs, 2015

Ilustración de cubierta: Jim Tierney Traducción: Isabel Murillo Fort Colección: Las Tres Edades, n.º 320

Editor digital: Titivillus ePub base r2.1



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:

SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,

CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA

Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?

Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Para Elize, Mia y Emma, que evitan que me vuelva invisible.

1

Lavando platos

—¡Eh, tú, tontolaba!, ¿estás sordo o qué? ¿No has oído el timbre?

Apreté los dientes con rabia y derramé un chorro verde y viscoso de lavavajillas en el fregadero de la cocina.

Cuando la gente te grita de esta manera, poca cosa puedes hacer.

Opción número uno: puedes hacerte el sordo e ignorarlo. Lo cual no es muy buena idea si quien te grita es tu hermano mayor. Y mucho menos cuando tienes un hermano mayor como Donovan.

Opción número dos: puedes amenazar al que te grita con partirle la nariz si se le ocurre volver a llamarte tontolaba. Lo cual, en este caso, sería una tremenda estupidez. Donovan tenía todas las medallas de natación de la provincia, levantaba pesas a diario y engullía esos batidos de proteínas que te hinchan los músculos como globos. Y para rematar el asunto, con quince años de edad, había perfeccionado el arte de esa broma pesada que consiste en tirar del calzoncillo por la cinturilla hasta dejarlo convertido en un tanga. Todos los calzoncillos de mi armario estaban dados de sí.

Opción número tres: puedes darle a entender, empleando muy buenas palabras, que la persona que ha llamado al timbre no viene a verte a ti, teniendo en cuenta que tu mejor (y único amigo) se ha ido de viaje a América con sus padres para pasar allí las vacaciones de Navidad. Pero, una vez más, tienes grandes probabilidades de acabar con un tirón de calzoncillos por las molestias causadas.

Opción número cuatro: puedes utilizar el orden jerárquico normal y corriente y pedirle a tu hermano pequeño que abra la puerta. Aunque, en nuestro caso, el orden jerárquico normal y corriente había dejado de existir. Adrian tenía solo nueve años pero se las había apañado para posicionarse un escalón por encima de mí. Por resumir una larga historia: me había convertido en el esclavo personal de mi hermano pequeño. Y si mi intención era

conseguir algo de dinero durante las Navidades, mejor no buscarle las cosquillas y acabar malparado.

Opción número cinco: puedes dejar por un momento los platos, secarte las manos e ir a abrir la puerta.

Adivina qué opción elegí.

La chica que estaba en el porche parecía algo mayor que yo. Llevaba unos pantalones vaqueros descoloridos y el pelo castaño recogido en una cola de caballo. Los aparatos de la boca brillaron con el reflejo del sol cuando esbozó una sonrisa nerviosa.

—¿Hola? Mmm…, ¿venía a ver a Donovan? ¿Adrian…, mmm…, me ha invitado?

Hablaba en preguntas.

Suspiré y grité por encima del hombro:

—¡Donovan, tienes otra clienta!

La chica cambió el peso del cuerpo hacia el otro pie, claramente nerviosa, y se puso colorada como un tomate.

Si mi madre y mi padre llegaran a descubrir algún día lo que estaba ocurriendo en esta casa a plena luz del día, tendrían que ir a buen seguro al psicólogo. Por suerte, los dos trabajaban y no tenían ni idea de que su hijo menor estaba alquilando a su hijo mayor a las chicas del cole. Existe una palabra para calificar esta práctica: ilegal.

Adrian decía que yo era tonto, que aquello no era más que un inocente taller para trabajar la autoestima.

Era de esos niños de nueve años que conocen palabras como «autoestima». Mi padre decía que a los dieciocho o bien sería multimillonario, o bien estaría cumpliendo su primera condena en la cárcel. Mi hermano pequeño era el niño de nueve años más rico que conocía. Había empezado con sus maquinaciones para ganar dinero en el parvulario, cuando durante la temporada de *rugby* había persuadido a sus amigos para que apostaran por los partidos del fin de semana. Para cuando una madre furiosa se enteró del asunto, mi hermano ya había ganado bastante dinero. Adrian era también el único niño que yo conocía que había acabado expulsado del parvulario. Ni siquiera el hecho de que nuestra madre fuera abogada logró salvarle el pescuezo. Desde que empezó en la escuela de primaria, había estado ganando dinero con el suministro de caramelos baratos a la tienda de chuches. O, al menos, todos sospechábamos que la mayor parte de su dinero provenía de aquel negocio.

Adrian se pasaba el día tramando todo tipo de planes misteriosos para ganar dinero. Mi padre decía que prefería no conocer los detalles. Su último plan (de Adrian, no de mi padre) consistía en alquilar a Donovan para que impartiera clases particulares de besos.

Y efectivamente, chicas como la de los aparatos en la boca que acababa de presentarse en el porche de casa, y que seguía colorada a más no poder, pagaban por el privilegio de besarse con mi hermano mayor.

El año pasado, Donovan había empezado a embadurnarse el pelo con gomina y a levantar pesas y, como consecuencia de ello, se había convertido en un imán para las chicas. Cuando por las tardes iba al entreno de natación, una multitud de chicas del cole se congregaba en la piscina para admirarlo con aquel minibañador que utilizaba. Había roto más corazones que récords tenía el famoso nadador Chad le Clos. Pero por lo visto, las chicas no entraban en razón porque, desde el inicio de las vacaciones, al menos tres o cuatro de ellas habían venido ya a casa para recibir clases particulares de besos. Llegaban y se escondían con Donovan durante media hora a la sombra de la lapa, ese cobertizo con techo de paja que tenemos al lado de la piscina de casa. Y cuando reaparecían, lo hacían con el pelo alborotado, el lápiz de labios corrido y sonriendo como tontas. Yo no tenía ni idea de cuánto les cobraba Adrian por las clases particulares de besos ni qué porcentaje se llevaba Donovan. A lo mejor Donovan lo hacía simplemente para divertirse, porque daba la impresión de que en el cerebro solo tenía chicas. Y cloro de la piscina. No era de extrañar que hubiera aprobado el curso por los pelos.

La chica del porche carraspeó un poco para aclararse la garganta y se frotó los vaqueros con nerviosismo, claramente cohibida. Me dio la impresión de que tenía ganas de salir corriendo.

Si Donovan pasara tanto tiempo delante de los libros de texto como el que pasaba delante del espejo con la gomina y el peine, estoy seguro de que habría sacado como mínimo tres sobresalientes. Se estaba tomando su tiempo, pero no por ello invité a la chica a pasar a casa. Para alguna cosa tenía que servir que mi madre fuese abogada: conocía perfectamente el significado de la palabra «cómplice». Y yo no quería formar parte de esos supuestos «talleres de autoestima» que Adrian y Donovan se llevaban entre manos.

Donovan apareció por fin. Llevaba el pelo perfectamente engominado y apestaba a esa loción para el afeitado tan cara que mi madre le había regalado a mi padre en su cumpleaños.

—Hola —saludó a la chica con una sonrisa de oreja a oreja y me apartó de un empujón, como si yo fuese un tope para retener la puerta con el que no quería tropezar—. Ven, vamos al jardín, a sentarnos en la *lapa*.

La chica emitió una risilla nerviosa y el rojo de su cara se intensificó varios tonos antes de que desaparecieran por el porche.

Con un suspiro, cerré la puerta y volví a la cocina.

En el jardín, la bomba de la piscina seguía con su chug-chug-chug.

Y el zumbido de la nevera me recordaba el ronroneo de un gato.

En el jardín de enfrente, el señor Bones le estaba gritando algo a la esposa del reverendo, que pasaba por allí con su pastor alemán.

Unos minutos más tarde, Adrian entró en la cocina.

—¿No has acabado aún con los platos, Marnus? —me preguntó en tono mandón mientras sacaba el zumo de naranja de la nevera.

En teoría, debíamos turnarnos entre los tres para limpiar la cocina. Pero al principio de las vacaciones había pedido un adelanto de mi paga y le había comprado a Adrian una PlayStation Portable de segunda mano. Él, a su vez, se la había comprado a un amigo. El cacharro se había estropeado solo una semana después pero Adrian se había negado a devolverme el dinero, argumentando que yo se la había comprado sin ningún tipo de garantía contractual o secundaria. No estaba del todo seguro de qué querían decir esos términos. Pero el caso era que me tocaba lavar los platos cada día y limpiar la cocina a cambio de recibir una paga de mi hermano de nueve años.

Mi vida era una caca.

Oficialmente, aquellas estaban siendo las peores vacaciones de diciembre de mi vida. Me habría gustado poder disfrutar de nuestras habituales vacaciones en la playa, pero mi madre y mi padre habían decidido que iríamos tres semanas a una reserva natural durante las vacaciones de junio y por eso no querían coger muchos días en diciembre. Además, mi madre estaba trabajando en un Proceso Judicial Muy Importante y mi padre confiaba en que las compras de Navidad de este año salvaran su tienda de material deportivo de la quiebra, lo que significaba que cogerse vacaciones ahora era impensable.

El timbre volvió a sonar con la melodía de *Jingle Bells*. La semana pasada, mi padre había sustituido el timbre normal de la puerta por uno que sonaba con villancicos. Un intento patético de incorporar un poco de alegría navideña a la casa. Sospechaba que, en junio, cuando nos marcháramos de vacaciones a esa reserva natural, y teniendo en cuenta que en Semana Santa este año aún teníamos montado el árbol de Navidad, el timbre seguiría sonando con *Jingle Bells*.

—¿No piensas ir a abrir la puerta? —preguntó Adrian.

Estaba derramando zumo de naranja en la mesa. En la mesa que yo acababa de limpiar.

Pensé en lo elevada que sería mi factura del dentista después de estas vacaciones: de tanto apretar los dientes los haría picadillo.

Volví a secarme las manos con el paño de cocina y fui a abrir la puerta.

Donde, claro está, había otra chica esperando.

Esta era rubia y parecía de mi edad. Pero sus ojos eran lo primero que veías de ella: grandes, de color azul intenso, con pestañas oscuras.

—Lo siento, pero Donovan aún está ocupado —murmuró—. Tendrás que esperar a que te toque el turno.

La chica frunció el entrecejo.

- —¿Qué turno? ¿Quién es Donovan?
- —¿No vienes por lo de las clases particulares de besos? —le pregunté.

La ceja de la izquierda de su entrecejo fruncido se levantó un par de centímetros y esbozó una media sonrisa.

—¿Clases particulares de besos?

Noté que mi cara empezaba a encenderse.

- —Ehh..., olvídalo. Disculpa. ¿En qué puedo ayudarte?
- —¿Firmarías mi petición? —dijo la chica, mostrándome un papel.

Sorprendido, miré la hoja. Parecía arrancada de un cuaderno. Y contenía un listado de firmas, direcciones y números de teléfono.

—Pues... creo que no —contesté.

Mi madre siempre decía que no había que firmar ningún documento a menos que entendieras todas y cada una de las palabras que había allí escritas. Evidentemente, eso de la «garantía contractual» y la «garantía secundaria» lo había aprendido Adrian de ella.

- —Es por una buena causa —insistió la chica.
- —¿Qué causa? —pregunté.

La media sonrisa se transformó en una sonrisa completa.

—Si quieres, puedo enseñártelo. —Señaló el paño de cocina que yo tenía en la mano—. ¿O prefieres secar los platos?

Mi cara se calentó un par de grados más.

—Umm... es que no sé...

Estaba yo todavía tartamudeando una excusa cuando la chica empezó a reírse. Proyectó la cara hacia delante para intentar disimular la risa tapándose la boca con la mano y capté un brillo burlón en su mirada.

—Anda, vamos. Seguro que los platos pueden esperar un poco. Cuando te haya enseñado de qué va la petición, estoy segura de que la firmarás.

Me cogió de la mano y tiró de mí hacia la verja. —Por cierto, me llamo Leila.

El Árbol Del Centro Del Universo

—¿Un árbol?

Miré sorprendido a Leila.

Leila hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

- —Un zumaque blanco. Nombre científico: Rhus pendulina.
- —Encantado de conocerte, árbol —dije.

El árbol guardó silencio; parecía un poco triste bajo el calor de primera hora de la mañana.

Acaricié su tronco rugoso.

- —¿Se trata de una especie en peligro o algo por el estilo? —pregunté.
- —La verdad es que no —respondió Leila, sin despegar los ojos del árbol. Miró entonces hacia arriba, como si quisiera asegurarse de que todas las hojas seguían en su lugar—. Mucha gente planta zumaques blancos en sus jardines. Es un árbol que no necesita mucha agua y además crece rápido. —Lo dijo como si fuera una presentadora de la tele.

Puse mala cara.

—¿Y entonces por qué has creado una petición para salvar este árbol?

Leila se quedó mirándome, mucho rato, como si estuviera decidiendo qué pensar de mí. ¿Qué estaría viendo?

No era rubio, no tenía ojos azules, ni tenía los músculos a reventar o el bronceado de mi hermano mayor. Tampoco tenía la nariz respingona cubierta de pecas y la carita monísima y adorable de mi hermano pequeño. No quiero decir con esto que pensara que la cara de mi hermano pequeño era monísima y adorable, pero era lo que al parecer pensaban las señoras mayores... segundos antes de que Adrian las convenciera, mediante algún truco taimado, de que le dieran dinero.

Tenía el pelo castaño, quizá demasiado largo, y lleno de remolinos que lo disparaban en todas direcciones. Tenía los ojos verdes. Cuando estaba con

mis hermanos, siempre era el último en el que se fijaba la gente. Marnus el mediano. A veces tenía la sensación de ser invisible.

Leila soltó el aire, muy despacio, mientras seguía mirándome fijamente.

—No es un árbol más —dijo—. Es «El Árbol Del Centro Del Universo».

Lo dijo con un tono que fue como si todas las palabras las hubiera escrito en mayúsculas. Y, sin poder evitarlo, estallé en carcajadas. Aquella chica estaba como una cabra. ¿Qué me habría pasado por la cabeza para acompañarla hasta aquel pequeño parque, a tres manzanas de casa, para que me enseñase un árbol normal y corriente?

- —¿El Árbol Del Centro Del Universo? —repetí.
- —Olvídalo. —Sus ojos echaban chispas—. Pensé que... Da igual. Déjalo.

Estaba furiosa y esperaba que, llegado ese punto, la chica diera media vuelta y se marchara. Pero, tal y como me estaba fulminando con la mirada, era evidente que el que tenía que largarse de allí era yo.

No fue necesaria ninguna invitación. Me encogí de hombros y eché a andar para volver a casa. No me apetecía seguir charlando de tonterías con una chica medio majara. Además, aún tenía que acabar de lavar los platos.

Me quedaban por delante veintitrés días de espantosas vacaciones de verano.

Sí, los iba contando.

Y cuanto antes acabara con los platos del día, mejor. Porque entonces solo me quedarían veintidós fregaderos más llenos de platos sucios.

—De pequeña siempre venía a jugar a este parque —dijo Leila a mis espaldas. Su voz sonó tan débil que apenas oí lo que me decía.

Me paré.

—Y aprendí a trepar a los árboles en este.

Me volví, pero me dio la sensación de que ni siquiera sabía que yo estaba allí, mirándola. Era como si estuviera hablándole al árbol.

—No todos los árboles son buenos para trepar. El zumaque blanco tiene la corteza áspera. Si resbalas te puedes rebanar la piel, y por eso no es un árbol ideal para trepar. Pero las ramas de este ejemplar son bajas y gruesas, y crecen además muy cerca las unas de las otras, lo que significa que casi es posible llegar hasta lo más alto de la copa. Por eso es perfecto para trepar —decía acariciando el tronco del árbol.

Entonces oímos un ruido y al volvernos vimos que, más allá del césped, se acercaba una camioneta de color blanco con la parte posterior descubierta.

—Son ellos —dijo Leila, con un tono de voz sombrío.

No tenía ni idea de a quién se refería con lo de «ellos». ¿Serían tipos con uniforme blanco que andaban buscándola para encerrarla en un lugar destinado a gente que le hablaba a los árboles?

Sentí una punzada de culpabilidad por pensar eso.

La camioneta se paró y salieron de ella dos hombres. Uno llevaba un portapapeles que le daba aspecto de señor importante. La camisa le tiraba en la zona de la barriga, dando la impresión de que los botones iban a salir disparados en cualquier momento, y tenía la frente brillante de sudor. El otro hombre era alto y delgado, con cara de facciones afiladas y un bigotillo fino. Ni siquiera miró hacia donde estábamos nosotros, sino que se puso de inmediato a estudiar el árbol.

—He redactado una petición —le dijo Leila al hombre del portapapeles. Le enseñó el documento con las firmas, como si quisiera demostrarle que aquello era tan importante como los papeles que llevaba él—. Ya la han firmado casi cincuenta personas.

Por el tono de su voz, entendí que Leila llevaba la cuenta de las firmas de su petición igual que yo iba contando los días de lavar platos que me quedaban.

De pronto me sentí mal por no haber querido firmar aquel papel.

- —Demasiado tarde —dijo el hombre, sin levantar la vista del portapapeles—. La documentación ya está en marcha.
- —¡Pero esto es una petición! —exclamó Leila. Sus ojos azules brillaban con intensidad—. La gente la ha firmado porque no quiere que corten el árbol. Casi cincuenta personas. Gente preocupada por el tema. No pueden seguir adelante. —El volumen de su voz subía y bajaba.
 - El hombre la miró con un gesto de indiferencia.
 - —Prueba con el regidor municipal.
 - —¿El regidor municipal? —repitió Leila, esperanzada.
 - —De vacaciones —dijo el hombre—. No vuelve hasta finales de enero.

Era como si le costara mucho pronunciar las frases.

El hombre delgado empezó a dar vueltas en círculo alrededor del árbol, dando pasos muy precisos. Miraba el árbol de la misma manera que Donovan, Adrian y yo mirábamos los domingos el último trozo de pudin que quedaba en la bandeja. Era como si no solo estuviera pensando en talar el árbol, sino como si además se lo quisiera comer.

—¿Cuándo piensan talarlo? —preguntó Leila, y su voz sonó como si pasara corriendo por encima de un reductor de velocidad.

—La tubería se instala a primeros de enero —respondió el hombre—. El árbol tiene que talarse hoy mismo.

Leila inspiró hondo. Y abrió los ojos de par en par. Se quitó las sandalias y las mandó lejos de un puntapié. Y, antes de que me diera tiempo a preguntarle qué se proponía hacer, se giró y empezó a subirse al árbol.

—Pero ¿dónde vas? —preguntó el hombre, sorprendido.

La faldita de verano de Leila ondeaba alrededor de sus piernas. Me quedé inmóvil junto a los hombres del ayuntamiento viendo cómo seguía trepando hasta instalarse cómodamente en una rama. De pronto solo se veían dos pies descalzos colgando entre las hojas. Tenía las plantas sucias y marrones, como el interior de las sandalias.

El hombre del ayuntamiento de la cara roja me lanzó una mirada suplicante, como si esperara de mí que hiciese alguna cosa.

Me limité a encogerme de hombros.

El hombre suspiró y sacó un pañuelo de algún lado. Sin prisas, se secó el sudor de su frente colorada.

- —Esa chica —dijo, meneando la cabeza—. Habla con ella. La tubería. No hay otro remedio. El árbol queda en medio.
 - —¡El árbol estaba aquí primero! —gritó Leila.
- —No se preocupe, señor Venter, en cuanto lleguen los de mi equipo, uno de ellos se subirá al árbol con una escalera y la hará bajar —dijo con voz amenazadora el hombre delgado, que tenía además cara de rata.
- —¡A mí no me toca nadie! —se oyó la voz de Leila, sonando por encima de nuestras cabezas.

Levanté la vista hacia el árbol. Entre sus hojas se filtraban rayos de luz cegadores, creando un efecto similar al del sol cuando juega sobre el agua. Una sensación inesperada de mareo hizo que la luz empezara a ondularse ante mis ojos. Era como si el árbol estuviera girando y girando sin cesar. Cerré con fuerza los ojos un instante.

Pensé en mi hermano mayor, que se pasaría otra vez el día entero tumbado junto a la piscina y amenazándome con tirarme de los calzoncillos si no le servía bebidas frías.

Pensé en mi hermano pequeño, el déspota de nariz respingona que me ordenaba que le hiciese la cama cada mañana y que le arreglara la habitación a cambio de darme algo de dinero.

Pensé en el timbre de la puerta tocando *Jingle Bells*, y en la chica con aparatos en la boca que había pagado para que mi hermano la besara.

Pensé en las notas del colegio. En los exámenes finales había obtenido un setenta y siete por ciento en matemáticas, más de un diez por ciento por encima de la nota del trimestre anterior, y era el primero de la clase en afrikáans. El señor Fourie decía que era porque escribía unas redacciones muy buenas. Pero mi padre ni siquiera se había fijado en mis buenos resultados porque estaba demasiado ocupado dándole un tirón de orejas a Donovan por sus notas asquerosas y elogiando a Adrian por su brillante expediente. Pasara lo que pasase, era como si yo desapareciera siempre entre mis dos hermanos. Siempre me quedaba en el medio, en un lugar donde no me veía nadie.

Cuando abrí los ojos, bajé levemente la vista y vi que sobre mi hombro descansaba un paño de cocina rojo y blanco. Lo había olvidado por completo y había caminado hasta allí, tres manzanas enteras desde mi casa, con un paño de cocina colgado en el hombro. Pensé que era la típica cosa rara que Leila sería capaz de hacer. A lo mejor su rareza era contagiosa.

Pensé en la montaña de platos que estaba esperándome en casa.

Por encima de mi cabeza, entre las hojas verdes, seguían colgando los pies sucios de Leila.

Una tórtola arrullaba por algún lado.

El hombre del ayuntamiento de la cara colorada se sonó la nariz.

Creo que a veces hacemos cosas de repente, en un abrir y cerrar de ojos, sin pensarlas..., cosas que te cambian la vida.

Le pides a alguien que se case contigo mientras estáis viendo una película de terror, como hizo mi padre con mi madre.

A las cinco de la mañana decides que te apetece un helado, como le pasó a mi tía Karla, la hermana de mi padre, el año pasado, y entonces sufres un accidente de coche al amanecer y te quedas paralítica.

O te subes a un árbol con un paño de cocina en el hombro siguiendo la iniciativa de una chica rara que acabas de conocer.

Una señora de rosa

—No podéis pasaros todo el día ahí arriba. En algún momento tendréis que bajar.

No pude evitar sentir un poco de lástima por el hombre de cara roja del ayuntamiento. Se había desabrochado los dos primeros botones de la camisa y tenía el pañuelo lleno de manchas de sudor. Daba toda la impresión de que habría preferido estar tumbado al borde de una piscina con una bebida helada en la mano antes que verse obligado a intentar hablar con dos niños sentados en un árbol.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaría sentado allá arriba, pero calculaba que al menos un par de horas.

—Tiene razón —le dije en voz baja a Leila—. Tarde o temprano tendremos que bajar.

Leila me sonrió. El árbol proyectaba sombras moteadas de color verde sobre su cara.

—Eres más valiente de lo que pensaba —dijo.

Yo no me sentía en absoluto valiente. Tenía sed y me dolía el culo por llevar tanto rato sentado sobre aquella rama dura. Además, estaba seguro de que muy pronto necesitaría ir al baño. Y no podía sacarme de encima la sensación de que nos habíamos metido en un problema.

Entre tanto, habían llegado otras dos camionetas municipales. En la parte posterior descubierta de una de ellas viajaban varios hombres cargados con sierras y otras herramientas. Continuaban sentados, aburridos y a la espera de que bajásemos del árbol.

- —Sigo diciendo que hay que bajarlos de ahí como sea —rugió Cara Rata.
- —No podemos recurrir a la violencia —replicó Cara Roja—. Son niños. ¿Te imaginas lo que diría la prensa?

Leila y yo intercambiamos una sonrisa. ¿Acaso no se daban cuenta de que desde allí arriba podíamos oír todo lo que decían?

Imitando a Leila, balanceé los pies. Me había descalzado de las zapatillas deportivas y las había dejado en una horquilla que se formaba entre las ramas. Confiaba en que Leila no oliera la peste de mis calcetines. Al menos, arriba en el árbol se estaba fresco y a gusto. Y olía un poco como el pequeño cobertizo que tenía mi abuelo en su granja, donde guardaba la leña para el invierno. Por encima de nosotros, un pájaro gorjeaba entre las ramas más altas.

Sonreí al recordar de repente una cosa que a veces decía mi padre. Cuando tenía el ánimo por los suelos o cuando las cosas iban mal, solía decir: «Sí, hoy es un día ideal para trepar a un árbol». Últimamente, mi padre tenía a menudo el ánimo por los suelos.

De pronto, el ambiente de calma quedó interrumpido por un ladrido ensordecedor.

—Trixi, Georgie, no gritéis tanto, pequeñines —dijo una voz por debajo de nosotros. Una voz que me resultaba vagamente familiar—. ¿Qué pasa aquí?

El estómago me dio un vuelco y aparté algunas hojas para ver a quién pertenecía la voz.

—Es la señora Merriman —le dije al oído a Leila, alarmado—. Vive en la misma calle que nosotros. Si me ve, seguro que llamará a mis padres.

Mi madre decía que la señora Merriman era una excéntrica. Un término que a mi entender era una forma agradable de decir «bicho raro». Siempre iba vestida de rosa e incluso su pelo canoso tenía un matiz rosado. Cada día se acercaba hasta aquel parque para pasear a sus dos caniches, George y Trixibelle. Al menos una vez al mes, llamaba a la puerta de casa con el objetivo de recaudar dinero para la SPCA, la Sociedad para la Prevención de la Crueldad Animal. Mi madre nos decía que la ignoráramos, pero mi padre siempre le abría y escuchaba con paciencia sus explicaciones sobre las urgentes necesidades de los pobres animales.

Oí que Cara Roja le explicaba que había que talar el árbol para que la tubería pudiera pasar por allí.

- —Una lástima —comentó la señora Merriman—. Porque es un árbol precioso.
- —Más lástima daría que la gente no tuviera agua para beber —replicó con voz ronca Cara Roja—. Ni estos perritos. Pero no podemos hacer nuestro trabajo. Dos niños se han subido al árbol. Y se niegan a bajar.

—Qué raro —dijo la señora Merriman, que se protegió los ojos de la luz con una mano y miró hacia arriba.

Solté rápidamente las hojas para que no pudiese verme la cara.

El crujido de las hojas reanimó los recelos de George y Trixibelle.

Empezaba a preocuparme. No era buena señal que la señora Merriman pensase que aquello era raro. Al fin y al cabo, aquella mujer tenía el pelo de color rosa.

Sonó un teléfono móvil.

—¿Sí? —dijo Cara Roja.

Leila y yo nos miramos.

—¿Verdad que el tono de llamada era una canción de Justin Bieber? —dijo Leila, tapándose la boca con la mano para ocultar su risa.

Me encogí de hombros. A lo mejor Cara Roja tenía una hija adolescente. Recordé que una vez Donovan había descargado un tono de llamada *heavy metal* en el teléfono de mi madre. Y pensé que me habría gustado ver la cara que pusieron sus estirados compañeros de trabajo cuando oyeron el teléfono sonar por primera vez.

—El despacho —le dijo Cara Roja a Cara Rata cuando terminó con la llamada—. Tenemos que volver.

Sorprendidos, Leila y yo vimos que los hombres se subían a las camionetas.

—¡No os penséis que habéis ganado! —gritó Cara Roja desde el otro lado de la ventanilla abierta al arrancar—. ¡Volveremos!

En cuanto desaparecieron, Leila y yo chocamos los cinco. La mano de Leila me pareció suave y fría cuando entró en contacto con la mía. Leila sonreía de oreja a oreja.

- —¿Y ahora qué? —pregunté, estirando el brazo, que se me estaba quedando dormido—. ¿Bajamos?
- —Ya has oído lo que ha dicho ese hombre —respondió Leila—. Volverán.

No dije nada. Imaginaba que iba a responderme eso.

Y entonces, dimos un respingo al oír de repente una voz que nos hablaba justo debajo de nosotros. Me sujeté con fuerza a la rama para no caer.

Por un momento, me había olvidado por completo de la señora Merriman.

—¿Queréis que os traiga algo fresquito para beber, queridos? —dijo—. Debéis de estar muertos de sed, después de tanto rato.

El club de bolos

Leila y yo pasamos mucho rato sentados en el árbol sin cruzar palabra. El silencio no parecía molestarle. Leila estaba sentada con la cabeza ladeada, como si estuviera escuchando atentamente los trinos de los pájaros y el zumbido del tráfico a lo lejos.

Al cabo de un rato, tosí para aclararme la garganta antes de hablar.

—Mira…, es que… me parece que pronto tendré que ir al baño.

Me ardían las mejillas. ¿Por qué me costaría tanto pronunciar la palabra «baño» delante de una chica? Al fin y al cabo, las chicas también iban al baño. A lo mejor era porque yo no tenía una hermana.

—Prueba a ver si puedes ir a los baños del club de bolos —dijo Leila.

Señaló hacia el otro extremo del parque, donde había varios coches aparcados. Desde donde estábamos sentados, vi un grupo de hombres y mujeres mayores vestidos de blanco situados alrededor de la extensión de césped que conformaba el campo de juego. De vez en cuando, las bolas chocaban entre sí con un nítido clic-clic.

—Mi abuela siempre decía: «Cuanto más viejo te haces, más débil se vuelve tu vejiga». Creo que la mayoría de los jugadores de bolos son gente mayor, así que seguro que tienen baños. Pero corre, ve antes de que vuelvan los del ayuntamiento.

De pronto comprendí que Leila esperaba que me quedara con ella en el árbol. ¿Se imaginaba que no tenía nada mejor que hacer? Tendría que haberme enfadado pero, por alguna razón que desconozco, su reacción me hizo sentir bastante... orgulloso. Era como si ella confiara en mí.

Bajé con cuidado. Cuando por fin pisé suelo firme me temblaban un poco las piernas. ¿Cuánto tiempo habría pasado subido en el árbol? Había dejado el reloj en la mesa de la cocina porque me lo había quitado antes de empezar a

lavar platos. El teléfono móvil se había quedado en mi habitación. Si Donovan y Adrian se atrevían a leer mis mensajes, los mataría.

- —¿Piensas bajar también? —le pregunté a Leila—. Por aquí no hay nadie.
- —No —respondió su voz desde lo alto—. Creo que es mejor que uno de los dos se quede aquí arriba todo el rato. Por si acaso.

¿Por si acaso qué? Pero preferí no preguntárselo.

El sol me achicharró el cogote en cuanto eché a andar hacia el club de bolos. Intenté no pensar mucho en lo que Leila estaba haciendo. Cabía la posibilidad de que Cara Roja hubiese ido a buscar a la policía para obligarnos a bajar del árbol. Y quizá utilizarían gas lacrimógeno o balas de goma, como en la tele. Donovan y Adrian se pondrían celosos.

La puerta de la verja que daba acceso al club de bolos estaba abierta. No se oía nada, excepto el sonido de las bolas haciendo clic-clic al chocar entre ellas de vez en cuando, un sonido que siempre iba seguido por un educado aplauso. Un cartel colgado en la puerta decía: «Propiedad Privada. No pasar. Se denunciará a los intrusos».

Intenté no parecer un intruso. Pero era más complicado de lo que parece. Cuando tienes trece años de edad y vas vestido con una camiseta de Quiksilver y llevas un paño rojo y blanco de cocina colgado en el hombro, no es fácil entrar en un club de bolos sin que nadie se fije en ti. Me parecía increíble no haber pensado en dejar el paño de cocina en el árbol.

Pero, milagro de los milagros, nadie me vio.

No me costó nada encontrar los carteles con la figura de un hombrecillo y una mujer. Entré en los servicios de hombres.

En el interior se estaba fresco y olía bien. En una estantería colgada en la pared había toallas blancas limpias y perfectamente dobladas y en cada lavabo una botellita de jabón. Me encerré rápido en un cubículo, por si acaso entraba alguien y me descubría.

Cuando acabé, me lavé las manos y, entre tanto, me miré en el espejo. Y podría casi decirse que me llevé una decepción al ver que mi aspecto era exactamente el mismo que tenía cuando me levanté por la mañana: pelo castaño apagado que tal vez debería cortar un poco porque se negaba a permanecer peinado, ojos verdes y orejas ligeramente de soplillo. No era el aspecto que siempre imaginé que tendría alguien que infringe la ley. Porque estaba seguro de que sentarse en un árbol para impedir que el ayuntamiento lo talase era ilegal. Mi madre podría corroborármelo con total seguridad. Y estar en aquellos servicios de caballeros segurísimo que era ilegal. El cartel de la verja lo dejaba bien claro.

—¿Qué haces aquí?

La voz grave me provocó un vuelco en el estómago y me transformó las piernas en gelatina.

No sé por qué, pero el hombre que llenaba la totalidad del umbral de la puerta me hizo pensar en un muñeco de Lego gigante, redondo y cuadrado a la vez. Era muy ancho de espaldas y, debajo de una camisa de color caqui, su torso parecía un tonel de vino. Llevaba la cabeza rapada y la piel le brillaba, y su cara bronceada estaba llena de pecas grandes que parecían pintadas. Incluso las manos, que le colgaban sobre ambos costados, parecían las manos de pinza de un muñeco de Lego.

—Es que... ¿mi abuelo juega a los bolos aquí? —dije, tartamudeando. Y de inmediato deseé poder borrar los signos de interrogación que encerraban mi frase.

El hombre emitió un gruñido que pareció salir de lo más hondo de su pecho.

—Mira, niño, llevo años como encargado de este club. Conozco a todos los hijos y a todos los nietos de todos y cada uno de sus miembros. Conozco incluso los nombres de la mayoría de sus perros. Así que, ¿por qué no asumes tu culpa?

Tragué saliva. Salir de allí, con aquel hombre Lego bloqueando toda la puerta, era imposible.

—Yo..., bueno..., todo ha empezado cuando esta mañana estaba lavando los platos... —empecé a decirle. Al menos, el paño de cocina que llevaba en el hombro le convencería de que le estaba contando la verdad.

El hombre se mantuvo inexpresivo mientras le explicaba lo de Leila, lo del árbol y lo de los hombres del ayuntamiento.

—Y al final necesitaba ir al baño —dije, a modo de conclusión.

Por un momento, la expresión facial del hombre se quedó congelada, como la de una figurilla de plástico. Y entonces, inesperadamente, rompió a reír.

—Sé exactamente de qué árbol me estás hablando. Ven conmigo. Tengo que conocer a esa tal Leila.

En una isla

Cuando el encargado del club y yo llegamos al árbol, la señora Merriman y sus dos caniches estaban sentados justo debajo, en una manta de pícnic.

Por encima de sus cabezas, los pies de Leila seguían colgando entre las hojas.

—Encantado de conocerla, señora —dijo el encargado, saludándola con una leve inclinación de cabeza. Si le sorprendía ver a una mujer mayor con el pelo rosa, acompañada por dos caniches también rosas, sentada bajo el árbol sobre una manta de pícnic rosa, su educación le impidió demostrarlo—. Soy John Carelse, encargado del club de bolos.

La señora Merriman le tendió la mano.

- —Theresa Merriman —contestó—. Y estos son George y Trixibelle.
- —Y..., y esta es Leila —dije yo, señalando el árbol.

Leila asomó la cabeza entre las hojas y sonrió al encargado del club de bolos. Tenía una lata de refresco en la mano.

- —Marnus, señor Carelse, ¿algo de beber? —preguntó la señora Merriman—. He traído cantidad suficiente. Las bebidas están frías.
- —Llámeme John, por favor —le dijo el encargado del club de bolos a la señora Merriman—. O Encargado, o Tío John —dijo, mirándonos a Leila y a mí—. Es como me llama la gente. —Aceptó la lata de refresco de la señora Merriman—. Muchas gracias.

La señora Merriman se hizo a un lado y nos indicó con un gesto que nos sentásemos con ella en la manta. El encargado del club de bolos dejó caer su enorme cuerpo en un extremo.

Yo permanecí de pie, algo incómodo.

- —¿Así que vosotros dos vais a intentar salvar este árbol? —preguntó el encargado del club de bolos, abriendo la lata.
 - —En realidad, el plan es de Leila —respondí.

- —No pueden cortar el árbol mientras estemos sentados en él —dijo Leila.
- El encargado del club de bolos se recostó un poco hacia atrás y, apuntalando las manos en la hierba, levantó la cabeza hacia el árbol.
- —Es un buen árbol —afirmó, con voz tranquila y serena—. Un árbol como este debería ser para toda la eternidad.

Leila y yo no dijimos nada.

Pero la señora Merriman se inclinó hacia delante y posó la mano sobre una de las manos del encargado del club de bolos.

—Qué bellas palabras, John. Un árbol como este debería ser para toda la eternidad. —Lo dijo como si sorbiera las palabras por la pajita y las saboreara.

El encargado del club de bolos suspiró.

—Hay muchas cosas que deberían ser para toda la eternidad. Me crie en Ciudad del Cabo, en el Distrito Seis. Eran buenos tiempos. El Distrito Seis era de esos lugares que tienen sus propios sonidos, sus propios olores y sabores. Pero por otro lado, también fueron malos tiempos. En los años setenta, el Gobierno decidió que todos los que no eran blancos tenían que abandonar el barrio. Por aquel entonces, yo ya me había casado y estaba trabajando en Johannesburgo. Pero mi hermano menor seguía viviendo en casa con mi madre y el resto de la familia. El día que llegaron las excavadoras para derribar las casas, él y un amigo suyo se tumbaron delante de las máquinas.

Intenté imaginarme qué debía de sentirse tumbado en el suelo con una excavadora enorme rugiendo y viniendo hacia ti.

- —¿Y funcionó? —pregunté.
- —¡Pues claro que no, tonto! —exclamó Leila con impaciencia—. ¿Acaso no has oído hablar nunca sobre el Distrito Seis?

Tío John me sonrió.

- —Nadie les hizo ni caso a mi hermano y su colega. La policía los persiguió con *sjamboks* y demolieron por completo las casas. Pero ahora vivimos en tiempos distintos. Me alegro de que alguien esté todavía dispuesto a luchar por un árbol. —Miró el reloj—. Tendréis que disculparme. Debo irme. Hoy hay un torneo importante y no me pagan por holgazanear en el parque. Muchas gracias por el refresco, señora Merriman.
 - —Theresa, por favor —dijo la señora Merriman.

El encargado del club de bolos hizo un gesto de asentimiento y después me miró, y miró hacia lo alto del árbol.

—Luego me pasaré otra vez por aquí —dijo.

Cuando se marchó, los tres nos quedamos un rato sin decir nada. Creo que Leila y la señora Merriman también estaban pensando en la historia del encargado del club de bolos. Había que tener muchísimas agallas para tumbarse en el suelo delante de una excavadora. Si Cara Rata y Cara Roja volvían con la camioneta del ayuntamiento y venían hacia nosotros armados con *sjamboks*, estaba seguro de que me largaría de allí pitando, pero no se lo dije a Leila.

Mi mirada se desplazó hacia la rama de Leila.

No tenía muy claro si debía sentarme en la manta de pícnic con la señora Merriman o trepar de nuevo al árbol. Tal vez la señora Merriman notó que me sentía incómodo, porque me guiñó el ojo y señaló el árbol.

Aliviado, volví a subir.

Leila me sonrió en cuanto me senté de nuevo en la rama, a su lado.

—Empezaba a preguntarme si volverías.

Las hojas seguían proyectando sombras sobre su cara. Hice un gesto de indiferencia.

—Es un día ideal para trepar a un árbol —dije.

Leila me miró con perplejidad, pero como que yo no sabía exactamente qué quería decir aquella frase de mi padre, ni siquiera intenté explicarme.

—No tengo ni idea de cuánto tiempo tardará en volver esa gente del ayuntamiento —dijo la señora Merriman.

Ni Leila ni yo intentamos hacer una suposición al respecto. De modo que seguimos sin decir nada, pero entonces vimos que uno de los perros de la señora Merriman se incorporaba y levantaba una pata junto al árbol.

- —¿Os importa si me quedo aquí un rato más? —preguntó la señora Merriman—. Prometo no molestar.
 - —Puede quedarse, faltaría más —dijo Leila.

La señora Merriman removió el contenido de su bolsa de pícnic y extrajo un lápiz y una revista. La hojeó un poco hasta encontrar un crucigrama y empezó a canturrear mientras lo completaba. De vez en cuando, dejaba de canturrear y se quedaba pensando unos instantes hasta que daba con la respuesta y la escribía.

Empezaba a hacer calor de verdad. Y yo empezaba a echar de menos la piscina de casa, aun sabiendo que lo más probable era que Donovan estuviera allí tumbado, a la espera de que yo llegara y me pusiera a nadar para así intentar ahogarme o torturarme tirándome del bañador, para variar.

Y hablando de tirones, tenía la sensación de que la rama donde estábamos sentados estaba tirándome también del pantalón. Cambié de postura,

incómodo, y suspiré de puro aburrimiento.

—Imagínate que has naufragado y estás perdido en una isla —dijo Leila—, y solo tienes tres objetos: una goma de borrar, un plumero y un rollo de papel higiénico. ¿Qué harías con ellos?

La miré con cara de no entender nada.

- —¿Qué?
- —¿Que qué harías con esos tres objetos? —insistió Leila—. Es un juego al que siempre jugábamos cuando íbamos de viaje y me aburría en el coche.

Me encogí de hombros.

- —No sé. Seguramente, si estás perdido en una isla poca cosa podrás hacer con una goma de borrar.
- —Pues si ninguno de los dos va a hacer nada con esa goma de borrar, podríais prestármela —dijo la señora Merriman—. Acabo de escribir mal el nombre de un tenista y no he traído goma de borrar.
- —Si estás perdido en una isla no puedes hacer nada con ninguno de esos objetos —murmuré.
- —¡Eso te piensas tú! —exclamó Leila. Le brillaban los ojos y se mordió el labio inferior—. A lo mejor, si es una de esas gomas de borrar de colorines, podrías hacerla pedacitos y lanzarlos al agua para atraer a los peces. ¡Y luego pescarlos y comértelos!
 - —Nunca he oído decir que los peces coman gomas de borrar —refunfuñé. Viendo que Leila no replicaba, la señora Merriman preguntó:
 - —¿Y qué harías con el plumero?
- —A lo mejor, no es una isla desierta y resulta que hay caníbales —respondió Leila. Bostezó y apoyó la espalda en el tronco del árbol—. Y entonces, podría utilizar el plumero a modo de abanico para que el rey caníbal se sintiera a gusto y, a cambio, no me devoraría.
 - —¿Y el papel higiénico? —quise saber.

Leila puso cara de empezar a perder la paciencia.

-¡Obvio! ¿Qué piensas tú que se hace con el papel higiénico?

Me puse colorado. Ya estábamos otra vez con las chicas y el baño.

Y me dio la impresión de que Leila estaba esforzándose para no estallar en carcajadas.

Durante un rato, permanecimos en silencio mirando el parque. De vez en cuando, pasaba alguien haciendo deporte, paseando el perro o empujando un cochecito. Muy pocos se fijaban en que Leila y yo estábamos sentados en lo alto del árbol. La señora Merriman y sus caniches recibieron un par de

miradas de extrañeza, pero la mujer debía de estar más que acostumbrada, puesto que no se mostró en absoluto molesta.

Cuando llegó la hora de comer, la señora Merriman sacó de la cesta de pícnic una fiambrera con pastelitos de carne y nos ofreció un par. George y Trixibelle también tuvieron uno para cada uno. Por lo visto, la señora Merriman tenía pensado pasarse todo el día a la sombra del árbol.

Leila bajó después de comer. Estiró un poco las piernas y charló con la señora Merriman. Y luego echó a andar en dirección al club de bolos. El encargado había dicho que podíamos utilizar los baños siempre que quisiéramos.

Cuando vi que Leila cruzaba la verja, me planteé la posibilidad de bajar. Podría escabullirme fácilmente durante su ausencia. Me bastaba con decirle a la señora Merriman que tenía que ir a casa para acabar de lavar los platos.

Pero cuando aparté un poco las hojas, se me cayó el alma a los pies.

- —Se acerca alguien —me advirtió la señora Merriman.
- —Alguien llamado «Problema» —contesté yo, con un suspiro.

Donovan se detuvo justo debajo del árbol.

—Buenas tardes, señora —dijo, saludando a la señora Merriman.

George y Trixibelle le gruñeron, avisándole de que no se acercara más.

—Buenas tardes, joven —le respondió la señora Merriman—. ¿En qué puedo ayudarte?

Lo dijo como si fuera una recepcionista: «Buenas tardes, y bienvenido al despacho de Leila y Marnus».

Donovan se levantó ligeramente la punta de la gorra y cambió el peso del cuerpo al otro pie.

- —Es que... resulta que mi hermano ha desaparecido. Llevamos todo el día buscándolo. Uno de mis colegas me ha enviado un mensaje diciéndome que lo había visto por el parque. —Levantó la vista. Era evidente que sabía exactamente dónde estaba yo—. Marnus, ¿qué demonios haces ahí arriba en el árbol como un babuino? —Miró a la señora Merriman como queriendo disculparse—. Perdón por la expresión, señora. Marnus, mamá se ha enterado de que has desaparecido y ha estado a punto de llamar a la policía para informar de tu desaparición. Mejor que vuelvas a casa.
- —Pues me quedo aquí —respondí. Cuando estás encaramado a un árbol resulta más fácil hacerse el duro.

Donovan me fulminó con la mirada. Sus músculos de batido de proteínas se inflaron debajo de una camiseta ceñida que proclamaba a gritos: «¡Por favor, ayúdame a parecer fuerte!». Noté que se moría de ganas de darme el

tirón de calzoncillos más grande de la historia de la humanidad, de esos que entran en los libros de récords. Pero a continuación, se limitó a encogerse de hombros, como queriendo decir: «Luego no digas que no te avisé». Y entonces, sacó el teléfono móvil del bolsillo del pantalón.

Tragué saliva, ansioso. Sabía que se acercaban problemas.

—Hola, mamá —dijo Donovan. Una pausa—. Sí, está aquí. Está subido en un árbol, sentado. —Otra pausa—. No, hay una señora con él. —Apartó el teléfono y levantó la cabeza—. Marnus, mamá quiere hablar contigo.

Volví a tragar saliva, más ansioso si cabe.

- —No puedo bajar —dije—. Le he prometido a Leila que uno de nosotros se quedaría todo el rato aquí arriba.
- —No quiere bajar, mamá —informó Donovan con una sonrisa—. No sé qué dice de una niña.

Me supo mal por sus oídos, porque incluso desde donde yo estaba, en lo alto del árbol, oí la voz de mi madre zumbando como una avispa enfadada. Conocía muy bien aquel tono de voz. Era el tono de voz que hacía llorar a los criminales más duros cuando los metía entre rejas en los tribunales.

Donovan apartó de nuevo el teléfono.

—Dice mamá que vuelvas de inmediato a casa, porque si no... —Lanzó otra mirada de disculpa a la señora Merriman—. Mi madre es abogada y puede llegar a decir bastantes palabrotas cuando se enfada, señora. Marnus, dice mamá que si no vuelves enseguida a casa, va a... ¡Oye! Pero ¿tú qué haces? ¡Devuélveme el teléfono!

Se volvió rápidamente, totalmente sorprendido.

Leila estaba detrás de Donovan, con su móvil en la mano. Enfrentándose a mi hermano, parecía incluso más delgada que la primera vez que la vi. Pero comprobé claramente que Donovan no se atrevía a arrebatarle el teléfono.

Leila se acercó el auricular al oído.

—Hola, señora —dijo—. Me llamo Leila. Marnus está en el parque sentado en un árbol. Está yendo todo muy guay. No es más que un acto de protesta. Creo que es uno de nuestros derechos constitucionales. No se preocupe, estamos sanos y salvos.

Le devolvió el teléfono a Donovan, trepó rápidamente al árbol y se sentó en la rama a mi lado. Como si no hubiera pasado nada. Como si no acabara de decirle a mi madre que «está yendo todo muy guay». Me gustaría haber visto la cara de mi madre.

Donovan escuchó un momento más lo que le estaba diciendo mi madre.

—Sí, claro, mamá —dijo, y terminó la llamada. Levantó la vista hacia mí—. Estás como una cabra. —Dirigió a la señora Merriman otra mirada de disculpa—. Perdone, señora, pero es que lo está.

Dio media vuelta y echó a andar para volver a casa.

Un círculo de velas

Cuando empezó a anochecer, la señora Merriman guardó sus crucigramas. Se incorporó y dobló la manta rosa de pícnic.

Los dos caniches bostezaron y se desperezaron.

—Vosotros dos, los de arriba, por desgracia tengo que volver ya a casa —dijo—, pero no quiero dejaros solos aquí.

Después de aquel día, decidí que miraría a la señora Merriman con nuevos ojos. Por mucho que fuera mayor y de color rosa, nadie se atrevía a meterse con ella. Una lección que mi padre había aprendido a primera hora de aquella misma tarde.

En sus buenos tiempos, mi padre jugaba en el equipo de *rugby* de los Cheetahs. De no haberse roto un ligamento, podría incluso haber acabado jugando con los Springboks. O al menos, eso es lo que siempre nos contaba cuando veíamos un partido y se tomaba un par de cervezas. Lo curioso del caso era que a ninguno de sus tres hijos le gustaba ver partidos de *rugby* con él. Mi padre les gritaba todo el rato a los jugadores, como si estuviera enfadado personalmente con ellos. Pero creo que con quien en realidad estaba enfadado era con su tienda de material deportivo, que no marchaba nada bien. Donovan era el único de nosotros que había heredado su talento para el *rugby*, aunque creo que le gustaba mucho más la natación. Yo también jugaba al *rugby*, pero con el tercer equipo. Y Adrian se negaba a practicar deporte porque decía que era una actividad que interfería en sus negocios.

Mi madre estaba aún trabajando con su caso de alto nivel y por eso, aquella tarde, mandó a mi padre a buscarme.

—¡Maldita sea, Marnus, ya no tienes siete años! ¿Qué haces ahí encaramado a ese árbol? ¡Baja inmediatamente! ¡No me obligues a subir y…!

Me puse rabioso y ansioso al mismo tiempo y, claro está, me sentí tremendamente avergonzado pues Leila y la señora Merriman estaban viéndolo y oyéndolo todo.

Y entonces, la señora Merriman se puso a hablar con mi padre.

Ojalá pudiera recordar todo lo que le dijo. Pero básicamente se resume en que Leila y yo éramos increíblemente valientes, que nos admiraba por lo que estábamos haciendo y que debería darnos un respiro y dejarnos tranquilos.

Por increíble que parezca, la señora Merriman logró convencerlo. Aunque, claro está, también ayudó que fuera tarde de partidos de la Serie Mundial de Rugby Siete y que dieran una de las semifinales por la tele.

Mi padre se marchó murmurando para sus adentros alguna cosa sobre mi madre, diciendo, imagino, que no estaría nada contenta y que le tocaría a él aguantar la bronca.

- —Todo irá bien, señora Merriman —dijo la voz de Leila, devolviéndome al presente—. No se preocupe.
 - —Ya me quedaré yo con ellos —dijo una voz cálida y serena.

Miré hacia abajo, sorprendido.

Debajo del árbol acababa de aparecer otra mujer.

La señora Merriman asintió.

—De acuerdo, pues. Os veo a los dos mañana —dijo, diciéndonos adiós con la mano a Leila y a mí.

La mujer de debajo del árbol siguió allí sin moverse y viendo cómo se marchaba la señora Merriman con sus dos perros. Con el atardecer se había levantado un poco de viento y le agitaba su melena rubia.

Reconocí los ojos de inmediato. Solo podía ser la madre de Leila, porque tenía los mismos ojos: muy grandes y de color azul intenso.

—Leila —dijo la mujer, con un suspiro.

Leila no dijo nada.

Yo la saludé con la mano.

—Iré a buscar unas mantas —comentó—. Y algo de comer.

Me acordé entonces de que Leila había dicho que el parque quedaba cerca de su casa.

—A ver quién ve la primera estrella de la noche —dijo Leila cuando su madre se marchó.

Nos quedamos un rato sentados en silencio.

—He ganado yo —dijo de repente Leila, señalando—. Allí está, en la punta de esa rama. —Se echó a reír—. Da igual… te he engañado. Porque sé dónde aparece exactamente cada noche.

A esas alturas, mi cuerpo empezaba a sentirse como si se hubiera estado peleando con un elefante. Tenía una pierna dormida; llevaba demasiado tiempo sentado sobre ella.

- —No podemos dormir aquí arriba en el árbol —dije—. Nos caeríamos y nos partiríamos el cuello.
 - —Podemos turnarnos —sugirió Leila.
- —Los del ayuntamiento no han vuelto —dije—. ¿Qué probabilidades hay de que vuelvan en plena noche para talar un árbol?

Cuando Leila hizo un gesto de ignorancia antes de responder, me pareció oír las hojas estremecerse.

—Ni idea, pero no pienso arriesgarme —respondió por fin—. Si quieres puedes irte a casa. Pero yo me quedo aquí.

Bajé del árbol. Una vez en el suelo, empecé a dar botes hasta que volví a sentir las dos piernas. Y entonces me senté, con la espalda apoyada en el tronco del árbol.

La madre de Leila reapareció al cabo de un rato. Llegó cargada con una montaña de mantas y una cesta.

- —¿Cómo te llamas? —me preguntó, mientras lo depositaba todo debajo del árbol.
 - —Marnus, señora —respondí.

Confiaba en que supiera que todo aquel tema del árbol había sido idea de su hija, no mía.

Oí el crujido de una bolsa de plástico y luego una cerilla prendiéndose. La madre de Leila encendió varias velas y las colocó formando un círculo alrededor del árbol.

Y entonces me pasó una manta. La acepté, aunque me sentía un poco incómodo.

Al parecer, Leila y su madre no se hablaban. Y al parecer, eran igual de raras. Lo de las velas colocadas alrededor del árbol parecía sacado de un libro o una película. Debo reconocer que, en cierto sentido, todo aquello me gustaba. Leila y su madre parecían gente acostumbrada a hacer cosas a la luz de las velas. En nuestra casa, solo utilizábamos velas cuando se iba la luz, y eso normalmente conllevaba una búsqueda desenfrenada tanto de velas como de cerillas.

Extendí la manta en el césped y me tumbé.

El viento se había calmado. Los grillos estaban dando un concierto en la oscuridad; a lo lejos, se oía música y ladridos de perros, y por la calle, pasaba de vez en cuando un coche.

Uno de los vehículos giró para entrar en el parque. Me senté y vi que las luces avanzaban lentamente entre los árboles e iban aproximándose. El sonido

del motor se hizo más audible y tuve que ponerme la mano delante de la cara para protegerme los ojos de la potente luz que cayó sobre nosotros de repente. Se abrió una puerta y salió una persona.

—¿Marnus?

Oh, no. Debería habérmelo esperado. Me levanté de un brinco y trepé rápidamente al árbol.

—¿Sí, mamá? —pregunté, desde la seguridad que me aportaba la rama más baja.

Delante de los focos potentes del coche se arremolinaban mariposas nocturnas y polvo. Daba la sensación de que la ropa que se había puesto mi madre para ir a trabajar por la mañana no se había arrugado ni una pizca y que hasta el último mechón de su pelo estaba todavía en su sitio. Su aspecto no tenía nada que ver con el de la madre de Leila, que llevaba una falda arrugada con estampado de flores de todos los colores y el pelo recogido en una cola de caballo enmarañada.

—Se acabó esta tontería, Marnus. Vuelve a casa. Voy a estrangular a tu padre. Me parece increíble que te haya dejado aquí.

De hecho, tampoco debería sorprenderla tanto. Un sábado, mi padre nos llevó a los tres chicos a un partido de *rugby* y se olvidó a Adrian en el estadio. Aunque no había sido totalmente culpa de mi padre, ya que antes, mi hermano había estado anotando pedidos de la gente que no quería comprar refrescos durante el partido y haciendo cola en el bar. A cambio de beneficios sustanciosos, claro está. Donovan y yo no dijimos nada porque queríamos ver cuánto tiempo tardaba nuestro padre en percatarse de que Adrian no estaba en el coche. Hasta que no estuvimos aparcados en el garaje de casa no se dio cuenta de que en el coche solo íbamos tres.

- —Marnus, baja de ahí. No volveré a decírtelo. Es el último aviso. Inspiré hondo.
- —Mamá, esta noche voy a dormir aquí. Leila y yo nos quedaremos en el árbol hasta que los del ayuntamiento digan que no van a cortarlo. —Tragué saliva—. Siempre dices que hay que luchar por lo correcto. Y eso es justo lo que Leila y yo estamos haciendo.

Recordé la historia de las excavadoras que nos había contado el encargado del club de bolos y, por alguna razón que desconozco, me sentí culpable.

- —¡No seas ridículo, Marnus! —vociferó mi madre—. Esto no tiene nada que ver con eso.
- —Sí que lo tiene —repliqué, contraatacando—. La única diferencia es que no estamos luchando en un tribunal, sino que estamos luchando... en un

árbol.

A veces, una idea tiene todo el sentido del mundo mientras está en tu cabeza, pero en cuanto sale por tu boca, transmites la sensación de que has estado esnifando el ambientador del cuarto de baño.

Mi madre suspiró.

- —Por favor, Marnus, no tengo fuerzas ahora para aguantar todo esto. Ha sido un día largo y difícil. Mañana llamaré al ayuntamiento y averiguaré si en la orden emitida para la tala del árbol se ha seguido el proceso correcto. A lo mejor hay un vacío legal por algún lado. No hay nada que tú o yo, o... —Miró hacia los pies de Leila, que asomaban entre las hojas como dos pequeños y pálidos animales nocturnos—... o nadie pueda hacer por solventar este asunto en estos momentos. Baja ahora mismo y sube al coche.
- —No pienso ir a casa —dije con determinación—. En casa nadie se entera de si estoy o no estoy. Soy simplemente el esclavo de todo el mundo. Si Donovan no se hubiera chivado, tú no te habrías enterado hasta mañana por la mañana de que yo no estaba.
- —¡Chorradas! —gritó mi madre—. ¡No tienes ninguna necesidad de encaramarte a un puñetero árbol para llamar la atención! —Su tono de voz se estaba elevando de manera peligrosa.

De pronto me entraron ganas de contarle cómo me acosaba continuamente Donovan y cómo me chantajeaba Adrian, pero si Donovan se enteraba de que lo había delatado, tendría que pasar el resto de mi vida subido a aquel árbol. Y, por otro lado, dependía de Adrian para disponer de algo de dinero durante lo que quedaba de vacaciones.

Me crucé de brazos.

—Me quedo aquí.

Jaque mate.

Mi madre y yo nos miramos fijamente.

La madre de Leila carraspeó un poco para recordar su presencia antes de hablar.

—Al menos, estamos en un barrio seguro —dijo con cautela. Su voz sonó suave en comparación con la de mi madre—. No los dejaré solos en toda la noche.

Mi madre se pellizcó el espacio que queda entre ceja y ceja y cerró los ojos. Era un gesto que hacía siempre que intentaba tranquilizarse. Y a continuación, meneó la cabeza y echó a andar hacia el coche. La conocía lo bastante como para saber que no se había dado aún por vencida en la batalla.

Pero estaba perdiendo los nervios, y mi madre era de la opinión de que un abogado siempre debía mantenerse frío y contenido.

El motor del Renault traqueteó con rabia cuando se puso en marcha.

Y cuando el sonido del coche se desvaneció, la voz de Leila sonó en la oscuridad:

—La verdad es que tu madre y tú sois muy parecidos.

Sonidos en la noche

Supongo que me quedé dormido, porque me desperté cuando oí que alguien pronunciaba en voz baja mi nombre.

—;Marnus!

Era un susurro ansioso.

Me senté, confuso. Por un momento no sabía dónde estaba. Pero entonces me acordé del árbol.

—Aquí..., aquí hay algo —murmuró la madre de Leila.

Oí que buscaba a tientas en la oscuridad y luego escuché un siseo, el sonido de una cerilla al encenderse. La cara de la madre de Leila cobró un aspecto fantasmagórico con el punto amarillo de luz. Tenía los ojos muy abiertos y una expresión de pánico. Levantó la cerilla encendida por encima de la cesta de pícnic para iluminarla.

—Algo, o alguien, ha estado hurgando en la cesta —dijo.

Crucé los brazos por encima del pecho y miré a mi alrededor. En cuanto se apagó la cerilla todo volvió a quedar oscuro como la boca del lobo. El latido del corazón me retumbaba en los oídos. Era como si la oscuridad nos estuviera observando. De pronto, deseé estar en casa y en mi cama.

La señora Fourie decía que mis redacciones demostraban que tenía una imaginación muy rica. Pero, a veces, tener tanta imaginación no era bueno en absoluto. Empecé a visualizar los titulares de los periódicos, informando de que una mujer y dos niños habían sido asesinados en el parque durante la noche.

La madre de Leila encendió otra cerilla e intentó prender de nuevo una de las velas. Y consiguió por fin que la llama parpadeara débilmente.

—A lo mejor deberíais venir y sentaros también aquí arriba —sugirió Leila. Pero mi imaginación no llegaba hasta el punto de formarme una imagen de la madre de Leila encaramándose a un árbol, aunque la madre de Leila no necesitó para nada que la animara a hacerlo. Comprendí entonces de quién había heredado Leila su talento para trepar a los árboles. En un abrir y cerrar de ojos, la madre de Leila se recogió la falda y subió a toda velocidad al árbol. Me planteé por un momento la posibilidad de quedarme en el suelo. ¿No sería muy raro pasar la noche en un árbol en compañía no solo de Leila sino también de su madre?

Pero entonces oí un sonido en la oscuridad. Muy cerca de mí.

Leila y su madre gritaron.

Estoy seguro de que batí algún tipo de récord de subir a los árboles.

Guardamos silencio y aguzamos el oído. El viento susurraba entre las hojas y acabó apagando la vela. Apenas podía respirar.

En la oscuridad, oímos un crujido de papel y después unos gemidos y unos sonidos de alguien que comía con ansia.

Crucé los dedos para que Leila y su madre no empezaran a chillar como siempre hacen las chicas en las películas. Yo era el único hombre del árbol, por mucho que solo tuviera trece años de edad y fuera el chico más bajito de la clase. Imaginé que mi papel allí consistía en hacer alguna cosa para intentar que se tranquilizasen, protegerlas o algo por el estilo. Pero en realidad no tenía ni idea de cómo se hacía para tranquilizar a una chica y a su madre mientras estábamos todos en lo alto de un árbol y, abajo, un acechador nocturno te estaba robando la comida. De haber estado mi madre allí, ya habría ahuyentado al villano. Mi madre estaba acostumbrada a darles sustos de muerte a asesinos, ladrones y todo tipo de matones. Incluso mi padre le tenía miedo, aunque jamás estaría dispuesto a reconocerlo.

Pasó una eternidad antes de que los sonidos de alguien comiendo se detuvieran.

```
—¿Se ha ido? —preguntó Leila en voz baja.
```

Nadie respondió.

—¿Hola? —dije yo por fin, con mucha cautela.

Pensé en el hombre con un solo ojo que siempre estaba pidiendo limosna en el semáforo de delante de la universidad y que me provocaba escalofríos cuando observaba el interior de nuestro coche con su único ojo.

Reinaba un silencio sepulcral.

- —Es evidente que ya se ha ido —dijo Leila.
- —Yo me quedo aquí —avisó su madre.

Cuando se hizo patente que el acechador nocturno no pensaba regresar de inmediato, empecé a relajarme.

Bostecé.

Por enésima vez deseé tener conmigo mi teléfono móvil para poder ver qué hora era o al menos jugar a algo para pasar las horas. Aunque de haberlo llevado encima, lo más probable era que a esas alturas la batería ya se hubiese agotado, teniendo en cuenta que el mío era el móvil más viejo de la casa. A veces pensaba que Noé, en su Arca, debía de tener un Nokia igualito que el mío. Resultaba imposible saber cuánto tiempo me había quedado adormilado. Y lo más probable era que Leila no hubiera podido ni siquiera cerrar los ojos ya que a mí me había correspondido el primer turno de sueño.

Se me puso de nuevo la piel de gallina, pero por suerte esta vez no era como consecuencia de oír ruidos misteriosos en la oscuridad, sino porque hacía bastante frío.

El silencio me estaba poniendo nervioso, de modo que me aclaré la garganta y hablé.

—Mmm…, estás perdido en una isla —dije—, y solo tienes tres objetos contigo: un periódico, un trozo de cuerda y una chocolatina. ¿Qué harías con ellos?

Leila rio.

- —Lo del periódico es fácil. Lo doblaría para hacerme un sombrero con el que protegerme del sol... con una visera para no quemarme y acabar roja como una langosta.
- —Si la cuerda fuese lo suficientemente larga, me tejería una hamaca —dijo la madre de Leila—. Y luego me tumbaría en la hamaca y me pondría a leer el periódico hasta que llegara alguien a rescatarme.

Sonreí.

- —Lo de la chocolatina es lo más fácil. Yo me la comería.
- —¡No! —exclamó la madre de Leila—. Yo la colocaría en un lugar estratégico para atraer bichos. He leído que, cuando estás en un sitio aislado sin nada de comida, los insectos son una fuente de proteínas excelente.
- —¡Qué asco! —dijo Leila—. Pues yo, si estuviera en una isla con caníbales, le regalaría la chocolatina al príncipe de los caníbales. A lo mejor se enamoraría de mí en cuanto la probara y entonces me convertiría en la princesa caníbal y me quedaría toda la vida en la isla.
 - —¡Qué asco! —dije yo—. ¿Quieres ser un caníbal?
- —Pues sí, de modo que, chicos, mejor será que no se os ocurra acabar en mi isla —dijo Leila con voz tenebrosa—. Cualquier cosa antes que comer

bichos..., incluso un poco de carne humana. ¡Grrr!

Todos reímos a carcajadas.

Pero de pronto, alguien tosió justo debajo del árbol.

Las risas se transformaron en gritos histéricos. Por suerte, Leila y su madre gritaban tan fuerte que a mí apenas se me oía.

- —¡No os preocupéis, soy yo! —dijo una voz.
- —Es el Tío John —dije con voz temblorosa—. El encargado.

El haz de luz de una linterna iluminó el árbol y me cegó por completo.

- —¿Necesitáis compañía? —preguntó.
- —De acuerdo —dijo Leila con una risilla temblorosa—. ¿Qué haría usted con una chocolatina si estuviera perdido en una isla?
 - El Tío John se quedó pensando un momento.
- —Eso dependería de quién estuviera perdido conmigo en esa isla. ¿Quién sabe? A lo mejor la compartiría.

Sin comentarios

Por primera vez en mi vida me desperté bajo un árbol.

El sol me daba en la cara y abrí lentamente los ojos.

—Buenos días, dormilón —dijo Leila, saludándome desde la rama de arriba.

Su voz sonaba muy alegre para haberse pasado prácticamente la noche entera sentada en un árbol. Y digo prácticamente la noche entera porque, en algún momento del amanecer, Leila había quebrantado las reglas que ella misma había impuesto y los tres habíamos bajado para dormir en las mantas. Sin embargo, Leila ya estaba de nuevo en su puesto.

La madre de Leila bostezó y se desperezó. Tenía el pelo alborotado y lleno de hojas.

Del encargado del club de bolos no había ni rastro.

Tenía la ropa húmeda por el rocío. Intenté aplastarme un poco el pelo con la mano. Me sentía como si uno de los hámsteres de Adrian hubiera dormido en mi boca. Si a mi padre o mi madre se les ocurría aparecer por allí, me armaría de valor y les pediría que me trajeran un cepillo de dientes y dentífrico.

Un pajarillo gorjeaba en el árbol. Tuve que mirar dos veces para comprobar que lo que veía era cierto: la cesta de la comida estaba bocabajo. Y con luz de día, se veían perfectamente los daños que había causado el acechador misterioso. La hierba estaba llena de migajas y de paquetes de patatas fritas abiertos.

- —Una pena, a lo mejor era un vagabundo hambriento —dijo la madre de Leila, que empezó a limpiarlo todo.
 - —¡Mirad quién está aquí! —exclamó Leila.

El encargado se acercaba procedente del club de bolos. Y llegaba cargado con una bandeja con tazas.

- —Espero con todo mi corazón que esas tazas contengan café —dijo la madre de Leila.
- —¡Buenos días! —exclamó el Tío John, saludándonos con alegría—. ¿Qué tal están esta mañana los protectores del árbol? Os traigo café y unas barritas de desayuno.

El olor a café recién hecho fue suficiente para convencer a Leila de que bajase del árbol.

Mientras bebía el café, miré en dirección a la pista de bolos. Los aspersores regaban el césped emitiendo un «chic-chic-chic» rítmico y una cortina de agua centelleaba bajo la luz del sol.

- —He puesto en marcha los rociadores a primera hora de la mañana —dijo el Tío John.
- —¿No es aburrido ser el encargado de una pista de bolos? —pregunté—. Creo que preferiría ser encargado de un campo de *rugby*. Así podría conocer a jugadores famosos y ver gratis todos los partidos. La verdad es que no conozco a ningún jugador de bolos famoso.

El Tío John se echó a reír.

- —Pues te llevarías una buena sorpresa. Aquí en nuestro club tenemos dos jugadores de los Springboks. —Se recostó en el árbol y miró a lo lejos, perdido en sus pensamientos, mientras soplaba el café para enfriarlo un poco—. Los bolos son un juego fantástico. Es una lástima que la gente sepa tan poco sobre ellos. —Esbozó una extraña sonrisa—. ¿Sabéis por qué los jugadores de bolos visten de blanco? Yo creo que es porque están entrenando para ser ángeles, porque eso es lo que me recuerda a mí un grupo de jugadores de bolos: ángeles jugando sobre la hierba verde. —Suspiró—. A mi esposa le encantaban los bolos. Jugaba en un equipo de la división provincial, hasta que el cáncer se la llevó para siempre. Si queréis saber mi opinión, creo que cuando estemos en el cielo nos pasaremos el día jugando…
 - —¿A los bolos? —pregunté, poniendo mala cara.
- —No, creo que no solo a los bolos —respondió el encargado con una sonrisa—. A todo lo que nos apetezca jugar. No trabajaremos, ni nos pelearemos, ni nos pondremos enfermos. Solo jugaremos y jugaremos y jugaremos, de la mañana a la noche.

Volví a poner mala cara.

—Me parece que en el cielo no nos dejarán jugar al *rugby*. Cuando mi padre ve un partido, se pasa todo el rato soltando tacos.

La barriga del encargado del club de bolos se zarandeó arriba y abajo al ritmo de sus carcajadas. Vació la taza de café con solo un par de tragos y

luego la sacudió para que las gotas cayeran en la hierba.

—Tengo que irme —dijo—. Luego pasaré a recoger la bandeja y las tazas. —Movió entonces la cabeza hacia el otro lado—. Me parece que tenéis una visita tempranera.

Se acercaba un hombre joven. Era alto y delgado, con barba. La barba no encajaba muy bien con su cara joven y parecía postiza, o como si un animal peludo se hubiese aferrado a su barbilla con todas sus fuerzas. Llevaba un pantalón de color verde intenso muy ceñido a los tobillos y zapatillas deportivas en blanco y negro. Sujetaba una libreta en la mano.

- —¿Creéis que será del ayuntamiento? —preguntó la madre de Leila.
- —Ni idea —dijo Leila—. La verdad es que no tiene pinta de trabajar en el ayuntamiento, pero mejor será que volvamos al árbol.

Cuando el hombre llegó, Leila y yo ya nos habíamos instalado en nuestra rama.

—Buenos días —dijo con una voz tan grave que parecía salir de las profundidades de aquella barba. Se dirigía a la madre de Leila—. Me llamo Junior du Toit. Soy periodista del *Morning News*. —Levantó la cabeza hacia el árbol. Cuando nos vio a Leila y a mí, sonrió—. Me gustaría escribir un artículo sobre vosotros dos.

Leila y yo nos miramos, sorprendidos.

—¿Cómo es posible que el periódico se haya enterado de lo nuestro? —me dijo Leila al oído.

Me encogí de hombros.

Junior du Toit abrió su libreta.

—Alguien nos ha llamado. Alguien se ha ofrecido a vendernos la historia en exclusiva.

Refunfuñé.

- —Te apuesto lo que quieras a que ha sido mi hermano pequeño —le dije a Leila, disculpándome—. Adrian haría lo que fuera con tal de ganar dinero.
- —Por desgracia, no pagamos exclusivas —nos explicó el periodista—. Pero me gustaría mucho hablar con vosotros, si no os importa. —Lanzó una mirada muy respetuosa hacia la madre de Leila—. Imagino que es usted la madre de alguno de ellos.

La madre de Leila hizo un gesto de leve asentimiento.

—Leila es mi hija —dijo.

El periodista volvió a mirar hacia arriba.

—¿Habéis dormido toda la noche en el árbol?

Leila y yo intercambiamos una mirada.

—Nos hemos ido turnando para dormir en el suelo —respondió Leila—. Mi madre ha estado con nosotros todo el rato.

Junior tomó nota en la libreta.

- —¿Y estáis protestando contra la tala de este árbol?
- —Este árbol lleva muchos años aquí —le explicó Leila—. ¿Por qué no puede el ayuntamiento pasar esa tubería por cualquier otro lado? Dice el Tío John, que es el encargado de la pista de bolos, que un árbol como este debería ser para toda la eternidad. Ponga eso en su artículo.
 - —Mirad quién llega de nuevo —dije, con un suspiro.

La camioneta blanca del ayuntamiento avanzaba entre los árboles hacia nosotros.

Cara Roja y Cara Rata salieron del vehículo. Aunque era todavía temprano, Cara Roja ya tenía manchas de sudor en las axilas.

- —¿Seguís todavía aquí? —preguntó, combinando un suspiro con su tono de voz—. Buenos días —dijo, dirigiendo el saludo a la madre de Leila y al periodista—. Espero que hayan venido para hablar con los niños. Para meterles un poco de sentido común en la cabeza. Este árbol tiene que caer. Hoy, a más tardar. Ya vamos con un día de retraso.
 - —¡Nos quedaremos aquí! —declaró con arrogancia Leila.

Cara Roja se transformó rápidamente en Cara Morada.

—¿Dónde están vuestros padres? —preguntó—. ¿Habéis pasado la noche solos en un parque? ¿Qué tipo de madre o de padre permitiría una cosa así?

La madre de Leila carraspeó antes de tomar la palabra.

—Yo soy su madre.

Dio la impresión de que Cara Roja se calmaba un poco.

—Señora —dijo—, hable con su hija. Por favor. Siento mucho lo del árbol. De verdad. Pero, por favor, entiéndalo. No nos queda otro remedio.

El periodista nos miraba como si fuéramos actores en una película y de vez en cuando anotaba alguna cosa en su libreta.

—Leila —dijo su madre, como había dicho la tarde anterior.

Y Leila la ignoró, como había hecho la tarde anterior.

Cara Roja se secó la frente con un pañuelo y murmuró algo así como que los niños de hoy en día estaban descontrolados y que los padres de hoy en día eran incapaces de mantener a raya a sus hijos.

Cara Rata no dijo palabra. Se limitó a mirarnos con el entrecejo fruncido, como si deseara cortar el árbol con una sierra con nosotros aún arriba. Me parecía el tipo de hombre que disfrutaría a los mandos de una excavadora.

—Soy Junior du Toit, señor, reportero del *Morning News* —dijo el periodista, tendiéndole la mano a Cara Roja—. Entiendo que son ustedes del ayuntamiento, ¿no? ¿Le importa si le hago algunas preguntas? ¿Por qué hay que talar este árbol?

Me dio la sensación de que Cara Roja se acababa de atragantar con algo.

—No... ¡yo no hablo con la prensa! —farfulló—. Sin comentarios. Llame a la oficina del responsable de relaciones públicas del ayuntamiento. Aunque tampoco le servirá de nada. Está de baja. —Abrió la puerta de la camioneta y nos señaló a Leila y a mí con un dedo amenazador—: ¡Vosotros dos! Habéis llevado este asunto demasiado lejos. ¡Excesivamente lejos!

Repudiados

—Ha venido un periodista a vernos —anunció Leila cuando poco después llegó la señora Merriman acompañada por sus dos caniches.

La señora Merriman se detuvo para examinar una zona arenosa y sin hierba. George y Trixibelle estaban olisqueándola con entusiasmo.

—Antes debe de haber pasado un perro por aquí —dijo la señora Merriman—. Y grande… mirad qué huellas ha dejado.

Leila y yo nos miramos. Los dos estábamos pensando lo mismo: ¿habría sido un perro el visitante de la noche anterior?

La madre de Leila se había ido a su casa a ducharse y cambiarse. Confiaba en que Leila le hubiese pedido a su madre que nos trajera un teléfono móvil, un reloj o lo que fuera. Incluso un juego de mesa, aunque yo odiara los juegos de mesa. El Monopoly no se acababa nunca y siempre ganaba Adrian y, cuando jugábamos al juego de adivinanzas de los Treinta Segundos, siempre me tocaba en el equipo de Donovan, que no sabía ni dibujar un monigote. Pero Leila y su madre eran raras. No hablaban mucho entre ellas.

—¿Qué tipo de perro habrá sido? —dijo la señora Merriman, que seguía estudiando las huellas. Se enderezó y se rascó la espalda—. La gente no es consciente de la enorme cantidad de perros vagabundos que rondan por la ciudad. A veces pienso que me gustaría que todos los ciudadanos estuviesen obligados a visitar la SPCA al menos una vez al año… Te parte el corazón ver aquello. No sé cómo la gente puede ser capaz de repudiar de esa manera un animal.

Aquella mañana, la señora Merriman volvía a hablar como su antiguo yo. Era el discurso que siempre hacía cuando llamaba a casa con el objetivo de recaudar dinero para la SPCA.

La señora Merriman extendió la manta de pícnic debajo del árbol y se sentó. George y Trixibelle seguían olisqueando el suelo con curiosidad, como si aquella zona de césped desigual fuera un periódico para perros repleto de jugosas noticias. La señora Merriman se puso cómoda y sacó su revista.

Durante un rato, lo único que se oyó fueron los pajaritos cantando y el lápiz de la señora Merriman rozando la página a medida que iba completando su crucigrama.

—¿Por qué rosa? —preguntó Leila.

Sorprendida, la señora Merriman levantó la cabeza. Se llevó la mano a su pelo de color rosa, cohibida de repente, y su boca esbozó una expresión de tristeza.

Me parecía increíble que Leila le hubiese formulado una pregunta así. Yo mismo me había preguntado a menudo por qué la señora Merriman llevaba el pelo rosa, se maquillaba con lápiz de labios de color rosa y vestía siempre de rosa, pero nunca me había planteado preguntárselo a ella.

La señora Merriman suspiró y sonrió.

—¿Y por qué no rosa? —replicó—. Toda la vida tuve el pelo de un color de lo más soso, vestí ropa de lo más sosa, trabajé en una oficina de lo más sosa y viví en una casa de lo más sosa. Incluso estuve casada con un hombre que era de lo más soso. Y por eso, ahora que soy vieja y que mi marido murió hace mucho tiempo, voy siempre de color rosa.

De pronto, George empezó a ladrar a escasa distancia de nosotros. Olisqueando, los dos perros se habían alejado un poco del árbol y George miraba con desconfianza unos arbustos. Volvió a ladrar. Y entonces, Trixibelle echó a correr y se puso a ladrar como una histérica.

—¡Georgie! ¡Trix! —gritó la señora Merriman con ansiedad—. ¡Venid aquí, queridos míos! ¿Pero qué os pasa?

Se levantó para ir a investigar.

Entre los arbustos se oyó un gruñido amenazador.

En una ocasión, había leído en una revista que muchos animales salvajes, como las hienas y los leopardos, deambulaban por las noches por las calles de las ciudades y se alimentaban de las sobras que dejaba la gente en los cubos de basura. ¿Qué iba a hacer yo si una hiena o un leopardo se abalanzaban sobre la señora Merriman a plena luz de día?

—¡Vaya con cuidado, señora Merriman! —la alerté.

La señora Merriman recogió a George y Trixibelle y volvió con ellos al árbol.

—Quedaos aquí, perritos —dijo, dándoles una orden estricta.

Entonces sacó alguna cosa de su bolso de color rosa. Y regresó a los arbustos. Era evidente que la señora Merriman no había leído nunca un

artículo que hablara sobre las hienas y los leopardos que deambulaban por las ciudades.

—Ven a ver qué tengo —dijo, extendiendo la mano con la que sujetaba alguna cosa—. No te preocupes —añadió con voz tranquilizadora—. Voy a dejártelo aquí para ti.

Dejó un bocadillo en el suelo y se apartó muy despacio.

Miré con perplejidad a Leila, pero me dio la sensación de que tampoco ella tenía la más mínima idea de lo que pasaba.

De pronto hubo un movimiento entre los arbustos. Contuve un grito de sorpresa. Apareció un perro negro muy grande, con la cabeza pegada al suelo. Lo primero que hizo fue mirar con recelo a su alrededor y luego corrió a por el bocadillo y lo engulló en un par de codiciosos bocados. El perro estaba tan esquelético que parecía que las costillas fueran a atravesarle la piel.

—¡Mira! —exclamó Leila, pasmada.

De entre los arbustos salió entonces un cachorrillo, moviéndose con torpeza sobre unas patas tambaleantes, y luego salió otro.

—Quietos, vosotros dos —dijo la señora Merriman, regañando a George y Trixibelle, que habían empezado a gruñir. Se secó los ojos mientras miraba a la perra comiendo—. Pobrecilla mía.

La señora Merriman buscó más bocadillos en el bolso. Y cuando volvió a aproximarse al arbusto, la perra negra retrocedió con el rabo entre las piernas. Dejó entonces los bocadillos en el suelo y volvió con nosotros.

La perra grande se acercó a los bocadillos y empezó a comérselos.

La señora Merriman se quedó bajo el árbol para seguir viendo cómo la perra devoraba la comida.

—Cuando llevas el pelo teñido de rosa y vistes de rosa, se fijan en ti dondequiera que vayas —dijo, con un tono de voz muy extraño. Se interrumpió para toser un poco—. Tengo un hijo, pero no sé dónde está. Hace años que no hablamos. Se juntó con malas compañías. Empezó a robarnos y a consumir drogas, a veces desaparecía durante semanas enteras. Quise ayudarle, y por eso lo ingresé en un centro de rehabilitación, pero se puso furioso conmigo. Cuando salió, desapareció sin dejar rastro. No sé dónde está. No sé si ni tan siquiera tiene una cama donde dormir por las noches. A lo mejor duerme bajo un arbusto en algún parque, como un perro abandonado. Ahí fue donde lo encontré la última vez, cuando lo obligué a ingresar en un centro de rehabilitación. Me da miedo cruzarme algún día con él por la calle y ni siquiera reconocernos… —Se sonó la nariz.

A mi lado, Leila aspiró con fuerza por la nariz. Las lágrimas le rodaban por las mejillas. Sin decir palabra, le pasé el paño de cocina.

La señora Merriman carraspeó de nuevo.

—Hoy vais a tener que excusarme. —De pronto, su voz volvió a sonar normal—. Tengo que ir a hacer gestiones para que se ocupen de esta pobre perra y sus cachorritos. Por desgracia, no me quedan más bocadillos, pero os he traído también refrescos. ¡No permitáis que ese hombre del ayuntamiento os acose! Lo que estáis haciendo aquí está muy bien hecho. Es algo bueno, valiente y precioso. Y en el mundo últimamente suceden muy pocas cosas buenas.

Me quedé mirando a la señora Merriman cuando se marchó. Los ojos congestionados de Leila me hacían sentirme incómodo, de modo que decidí no mirarla.

Nunca sabía qué hacer cuando las chicas lloraban. Mi madre no era como las otras madres, que lloraban viendo películas. Lo cual a lo mejor era bueno. Rohan, mi mejor amigo, el que se había ido a América de vacaciones, tenía una madre que lloraba por todo. Una vez, rompió a llorar cuando nuestro equipo de *rugby* perdió un partido. Y durante toda la semana siguiente, Rohan se planteó muy seriamente pasarse al ajedrez.

Empezaba a hacer calor. Estiré las piernas e intenté ponerme cómodo apoyándome en el tronco del árbol.

—¿Qué escribirá sobre nosotros ese periodista en su artículo? —le pregunté a Leila.

Leila se limitó a mirarme con desgana.

—Ni siquiera te alegras por ello —continué—. Pero creo que mi hermano pequeño al final nos ha hecho un favor. Si la gente lee lo del árbol, podríamos tener más probabilidades de salvarlo.

Levanté la vista.

¿Había mirado realmente un árbol alguna vez en mi vida? De repente, era como si estuviera mirando todos los árboles del parque con nuevos ojos. El árbol en el que estábamos sentados nunca guardaba silencio. Las hojas murmuraban sin cesar, aunque no se oyera soplar el viento, y cambiaban constantemente de color: verde grisáceo, verde brillante, verde caqui, verde oscuro. Hasta el día anterior, ni siquiera conocía la existencia de los zumaques blancos. Leila, sin embargo, se acordaba incluso del nombre científico del árbol.

—¿Conoces también otros árboles? —pregunté.

Leila empezó a nombrar los vecinos de nuestro árbol.

- —Eucalipto azul. Pino. Almez blanco. Aromo dulce. Árbol col de montaña.
 - —¿Y cómo es que sabes todos los nombres? —pregunté.

Leila se encogió de hombros.

—Porque los sé, y ya está.

A la hora de comer, llegó la madre de Leila con bocadillos y fruta. Me alegré de tener una excusa para bajar del árbol porque me daba la impresión de que tenía el trasero en carne viva. Cuando mi abuelo se puso enfermo, me enteré de que si estás encamado mucho tiempo puedes acabar sufriendo úlceras por el contacto con la cama. Me pregunté si estar sentado en un árbol tanto tiempo acabaría produciendo el mismo efecto.

Leila se comió los bocadillos sin bajar del árbol. En lo que llevábamos de día, solo había bajado una vez, para ir al baño del club de bolos.

Después de comer, la madre de Leila se sentó bajo el árbol, estuvo leyendo un rato y luego volvió a su casa.

Leila y yo nos quedamos en el árbol, otra vez solos. Pero no por mucho tiempo.

Al cabo de un rato vi que se acercaban dos chicos. Refunfuñé en cuanto reconocí la gorra ladeada de Donovan y su camiseta que proclamaba a gritos: «¡Por favor, ayúdame a parecer fuerte!». Mi hermano pequeño se negaba a llevar camisetas; tenía solo nueve años pero se vestía como un adulto. Y como un adulto muy aburrido, además. Al parecer, su decisión tenía que ver con sus negocios y con el hecho de que quería que la gente se lo tomase en serio.

- —Hola, abrazador de árboles —dijo con desdén Donovan.
- —Hola, Donovan —replicó alegremente Leila.

Donovan se puso colorado.

—Lo siento, de hecho me dirigía a ese babuino de ahí —dijo.

Lo ignoré por completo.

—Adrian, si mamá se entera de que has llamado al periódico y has intentado sacar dinero de todo esto, te despellejará vivo y luego hará con tu piel unos zapatos para poder darte una azotaina en el culo —dije, empleando la misma amenaza macabra que utilizaba mi madre cuando no nos portábamos bien.

Mi hermano puso los ojos en blanco.

- —¿Y quién va a contárselo? ¿Tú?
- —Pues es posible.

—No te olvides de que aún me debes montañas de dinero. —Sacó algo del bolsillo—. Y he pensado que quizá querrías esto.

Agitó triunfante mi PSP.

- —Ese trasto no funciona —dije.
- —Conozco a alguien que repara aparatos electrónicos —replicó—. Lo sumaré a la cuenta de lo que me debes.
 - —En ningún momento te he dicho que lo llevaras a reparar —murmuré.

Pero Adrian volvía a estar un paso por delante de mí. Evidentemente sabía que lo de estar encaramado a un árbol era lo más aburrido del mundo. Y en la cabeza de mi hermano pequeño, incluso el aburrimiento de los demás era una oportunidad para enriquecerse.

- —Mamá nos ha dicho que te trajéramos el neceser —dijo Donovan—. Es la primera y será también la última vez. No te pienses que voy a pasarme el día corriendo detrás de ti por el simple hecho de que hayas decidido subirte a un árbol.
 - —¿Qué dijo mamá cuando llegó anoche a casa? —pregunté con cautela. Donovan silbó entre dientes.
- —Hazme caso si te digo que es mejor que no lo sepas. Se armó la de Dios. Mamá se puso más rabiosa que un T-rex con dolor de muelas. Mejor será que vuelvas a casa lo antes posible. Estás fastidiando las vacaciones de todo el mundo.
 - —Me alegro de que me echéis tanto de menos —dije con sarcasmo.
- —Vámonos, Adrian. No pienso pasarme aquí todo el día de cháchara con nuestro hermano loco que ha decidido instalarse en un árbol —dijo Donovan.

Cuando vi que daban media vuelta para marcharse, solté rápidamente:

—¡Espera, Adrian! ¿Y la PlayStation?

Mi hermano pequeño sonrió al entregármela. En sus ojos casi podían verse los signos del dólar, como en los cómics.

Cuando se marcharon, le pasé la PSP a Leila.

—¿Quieres jugar?

Leila sonrió y negó con la cabeza.

—No, juega tú, tranquilo.

Adrian había puesto *Pro Evolution Soccer* en la PSP. No era mi juego favorito, pero al menos me ayudaría a pasar el tiempo.

Y hablando de tiempo, gracias a la PSP podía saber qué hora era. Eran justo las 15:17, y mi equipo acababa de perder por una verdadera paliza ante Brasil, cuando llegaron tres camionetas del ayuntamiento y aparcaron a cierta distancia de nuestro árbol.

Miré a Leila con preocupación.

Un equipo de trabajadores bajó de las camionetas. Cara Roja empezó a darles órdenes a gritos mientras Cara Rata les ayudaba a descargar todo el material.

—Aromo —dijo Leila en voz baja, como si fuese una palabra secreta y mágica.

Tardé unos instantes en caer en la cuenta de que era el nombre de un árbol. El árbol que los trabajadores del ayuntamiento se habían puesto como objetivo.

Se oyó el zumbido de una motosierra.

Como si estuviera hipnotizado, me quedé mirando cómo cortaban el árbol. Al principio, la motosierra rugió como un depredador furioso, luego hubo un espantoso sonido de desgarro, seguido por un golpe sordo. Fue como si un último estremecimiento recorriera el árbol por entero.

El ambiente olía a serrín. Y en el silencio que siguió a todo aquello, no se oyó ni el trino de un pájaro.

Solté lentamente el aire y miré a Leila.

Seguía sentada a mi lado, con la mirada perdida en la distancia, como si no hubiera visto nada, pero las líneas blancas que rodeaban su boca me decían que estaba apretando los dientes.

Cuando me miró, sus ojos azules estaban repletos de astillas de hielo.

10

Milly

Anochecía. Sería nuestra segunda noche en el árbol.

Bostecé. En el suelo, debajo de nosotros, la madre de Leila respiraba plácidamente, durmiendo. No sabía muy bien cómo, pero estaba seguro de que Leila seguía despierta. Era como si pudiera intuir que también ella estaba escuchando los sonidos de la noche. Me recosté en el tronco rugoso y miré las estrellas que se deslizaban lentamente entre las hojas.

«El Árbol Del Centro Del Universo», lo había llamado Leila. Seguía sin saber a qué se refería exactamente con eso.

Me pregunté qué tal seguirían la señora Merriman y la perra grande. Hacia las cinco de la tarde, la señora Merriman se había presentado de nuevo en el parque, acompañada por una furgoneta de la SPCA. Venían a buscar a la perra y sus cachorros.

Cuando la señora Merriman había visto que habían talado el aromo, había roto a llorar.

Había sido un día de lágrimas. Confiaba en que el día siguiente llegara con menos llantos.

Meter la perra y sus cachorros en la furgoneta había sido complicado. Cuando la gente de la SPCA se le había acercado, la perra se había puesto muy nerviosa. Al final, habían tenido que ponerle un tranquilizante en un pedazo de carne que habían colocado cerca de su escondite.

Cuando habían metido a la perra drogada y sus cachorros en la furgoneta me había dado mucha pena. ¿Qué sería de ellos? Sabía lo que les pasaba normalmente a los perros vagabundos que no tenían hogar, pero aquella perra era madre y...

Mi madre había llegado hacia las siete y media de la tarde. Esta vez no nos habíamos peleado. A decir verdad, apenas me dirigió la palabra. Me trajo

una almohada, una parte de arriba de un chándal, una botella grande de zumo de naranja y unas cajas con pastelitos de carne de Woolworths. Luego se fue.

Leila y yo engullimos los pastelitos de carne fríos. ¿Pensaría mi madre que un árbol normal y corriente estaría equipado con microondas?

- —Milly —murmuró Leila, mientras estábamos sentados en el suelo.
- —¿Qué? —murmuré yo.
- —La perra —dijo Leila—. ¿Por qué no la llamamos Milly?
- —¿Por qué no? —repliqué—. No creo que a la señora Merriman le importe que la llamemos así.

Por alguna razón, me sentí orgulloso de que Leila hubiese pedido mi opinión.

11

Verde

Lo primero que percibí en cuanto abrí los ojos a la mañana siguiente fue que estaba acostado con la cabeza descansando sobre el hombro de la madre de Leila. Quise morirme de vergüenza, pero seguí tumbado sin moverme, por miedo a despertarla al levantarme. Afortunadamente, no había roncado ni le había mojado el hombro con babas mientras dormía. Leila y yo habíamos intercambiado posiciones justo después de medianoche.

Y lo segundo que percibí fueron fragmentos de frases pronunciadas en voz baja.

- —… realmente asombroso…
- —... qué guay...
- —... y mira que son jóvenes...
- —... el árbol más bonito que he visto en mi vida...
- —¡Marnus, despierta!

Esta última voz sonó más fuerte y pertenecía a Leila.

Me senté.

Y me quedé boquiabierto.

A escasa distancia de nosotros había un grupo de gente. Serían unos quince, calculé. La mayoría vestía con ropa rara y llamativa. Nos estaban mirando —a Leila, a su madre y a mí— como si fuéramos animales exóticos en un zoológico. La madre de Leila se despertó a mi lado sobresaltada, dijo: «¿Qué pasa?» y también se sentó.

Se acercó entonces una chica. Parecía la líder del grupo. El sol de la mañana brillaba sobre su cráneo oscuro y rapado. Llevaba tres aros en la nariz. Me pregunté si le habrían hecho daño cuando le perforaron el tabique nasal.

—Soy Killer —dijo.

Tragué saliva. No todos los días se conoce a una chica que se hace llamar así —«Killer», como una asesina—, teniendo el estómago completamente vacío.

—Sí..., y yo soy Marnus —dije. Acababa de despertarme y mi voz todavía sonaba un poco extraña.

El grupo de gente se echó a reír, como si acabara de contarles un chiste.

- —Ya sabemos quién eres, Marnus —dijo Killer, con una sonrisa—. Hemos leído sobre Leila y sobre ti en el periódico de la mañana. Sois muy valientes. Y al instante hemos decidido venir a ayudaros.
 - —¿A ayudarnos? —repetí.
- —Somos estudiantes —dijo Killer—. Y justo hemos acabado nuestros exámenes. De modo que tenemos tiempo para echaros una mano.
- —¡Fuera fascistas! —gritó uno de los chicos del grupo, un pelirrojo con rastas que sujetaba una pancarta. En la pancarta podía leerse: «¡FUERA FASCISTAS!».
- —¡Salvad nuestro árbol! ¡Salvad nuestro árbol! ¡Salvad nuestro árbol! —empezó a entonar una chica. Parecía tan enfadada que se me revolvió el estómago.

Con cierta ansiedad, miré hacia la madre de Leila. No tenía ni idea de lo que era un fascista, pero la palabra no me sonaba nada bien.

—¡El árbol debe quedarse! ¡El árbol debe quedarse! —entonaban ahora todos los estudiantes.

En lo alto del árbol, Leila seguía sentada, con los ojos abiertos de par en par como un monito. Me daba la impresión de que no sabía qué pensar sobre Killer y el grupo de estudiantes manifestantes.

—¡Parad! —gritó una voz.

Los cánticos se interrumpieron.

Todo el mundo se quedó mirando al encargado del club de bolos. La voz potente de Tío John me dejó impresionado. Acababa de llegar con una bandeja y miraba furioso a los estudiantes.

- —¿Qué hacéis todos vosotros aquí?
- —Hemos leído en el periódico que Leila y Marnus están intentando salvar este árbol —respondió Killer—. Y hemos decidido venir a ayudarlos.

Habló todo el rato mirando a los ojos al encargado del club de bolos. A pesar de que su voz sonaba tranquila, transmitía la sensación de que no le importaba en absoluto verse obligada a pelearse en caso de necesidad.

Tío John la estudió unos instantes. Y entonces se volvió hacia los estudiantes y fue mirándolos uno a uno.

—De acuerdo —dijo, con un suspiro—. Supongo que no puedo impediros hacer esto. Pero os advierto que no tenéis permiso para utilizar los baños del club de bolos. No quiero problemas. Solo Marnus y Leila están autorizados a entrar allí. Y esto no es un local de la cadena Mugg & Bean, de modo que no he preparado café para todos vosotros.

Sin decir palabra, la madre de Leila y yo cogimos una taza de café. Leila bajó del árbol y le pasé con cuidado la tercera taza.

—¡El árbol debe quedarse! ¡El árbol debe quedarse! —empezó a entonar de nuevo el grupo de estudiantes.

Tío John me pasó un periódico doblado.

—Os he traído un poco de lectura.

Apuré rápidamente el café, trepé al árbol y me senté junto a Leila, que ya había subido. Cuando desplegué el periódico, se me hizo un nudo de tensión en la garganta. En la portada, justo debajo del artículo principal, aparecía una fotografía de Leila y de mí en el árbol. Estaba tomada desde abajo, y nuestros pies colgando ocupaban casi la totalidad de la imagen. El titular rezaba: «Dos jóvenes amigos se suben a las ramas de un árbol para defenderlo».

Miré de reojo a Leila. ¿Éramos amigos? Antes de que llamara a mi puerta, hacía tan solo dos días, no la conocía de nada, por mucho que viviéramos solo a un par de calles de distancia. De hecho, seguía sabiendo muy poco sobre ella.

- —Muy bien. Voy a ducharme —dijo la madre de Leila. Miró un momento al grupo de estudiantes y acto seguido nos miró a nosotros con preocupación—. ¿Estaréis bien vosotros dos?
 - —Sí, señora —respondí.

Leila se limitó a decir que sí con la cabeza.

El encargado del club de bolos levantó un pulgar para darle a entender a la madre de Leila que no tenía de qué preocuparse.

¿Por qué Leila no hablaría con su madre? De haber sido más como Leila, le habría preguntado directamente: «¿Qué pasa entre tu madre y tú?», de un modo similar a como ella le había preguntado a la señora Merriman: «¿Por qué rosa?». Pero yo era demasiado tímido.

Al cabo de un rato, Killer y los demás estudiantes parecieron comprender que no servía de nada gritar «¡El árbol debe quedarse!» y «¡Fuera fascistas!» si no había fascistas a los que gritarles. Así que se habían echado a un lado y se habían sentado al sol a fumar.

Después de que el encargado del club de bolos se marchara con la bandeja de los cafés, llegaron dos camionetas del ayuntamiento con la parte posterior descubierta y una furgoneta más pequeña. Se pararon al lado del aromo talado.

Cara Roja se apeó de una de las camionetas. Con las manos en las caderas, estudió el árbol derribado. El rocío brillaba en las hojas, que habían adquirido un tono verde apagado y empezaban a marchitarse. Obreros con monos azules empezaron a trabajar con el árbol.

—Conque en portada, ¿eh? —nos gritó Cara Roja a Leila y a mí—. No os penséis que salir en el periódico servirá para salvar ese árbol. Ayer, los responsables de urbanismo del ayuntamiento se pasaron el día estudiando los planos. Y la tubería tiene que pasar obligatoriamente por aquí. No queda otro remedio.

Era evidente que desde donde estaba situado Cara Roja no podía ver a los estudiantes, por eso se tambaleó y dio unos pasos hacia atrás cuando Killer y los demás lo rodearon de repente.

Llegaron con sus pancartas y entonando con rabia: «¡El árbol debe quedarse!», «¡Fuera fascistas!».

Cara Roja empezó a hablar, moviendo un dedo, pero los cánticos y el ruido de las motosierras de los trabajadores ahogaron por completo su voz.

Miré a Leila. Era difícil adivinar qué era lo que estaba pensando. Suponía que observaría la escena con una sonrisa de satisfacción, pero me di cuenta de que tenía el entrecejo ligeramente fruncido. Se notaba a la legua que su pelo no había visto un cepillo en dos días. Su cola de caballo enmarañada le caía sin gracia alguna sobre la espalda.

Deseé poder tocársela.

Se me encendió la cara por pensar aquella tontería. E imaginé que en aquel momento debía de parecer una versión de trece años de Cara Roja.

Los trabajadores del ayuntamiento estuvieron toda la mañana ocupados serrando el árbol y cargando troncos en la furgoneta. No parecían muy molestos por los estudiantes que ondeaban pancartas, gritaban consignas y entonaban rabiosos cánticos.

Una de las chicas se puso entonces a recitar un poema que iba improvisando sobre la marcha. O al menos eso es lo que me imaginé que estaba haciendo, puesto que nadie podía ser capaz de aprenderse de memoria un poema tan largo como aquel. El poema iba sobre un árbol que sangraba, un planeta que se ahogaba y mujeres y niños inocentes que sufrían por culpa de las guerras y la violencia. La verdad es que no entendí muy bien lo que decía, pero cuando terminó todos sus compañeros la aplaudieron.

Los coches que pasaban por la calle reducían la velocidad para poder ver el espectáculo y, de vez en cuando, se acercaban curiosos para observarlo de cerca. Algunos incluso se quedaban a charlar un rato con Leila y conmigo. Y nos decían cosas como:

- —¡Hola, chicos, os he visto en el periódico!
- —¿Y vuestros padres? ¿Cómo es que os permiten estar subidos ahí arriba?
- —¿No resulta muy dura esa rama?
- —Es estupendo que alguien esté haciendo algo para salvar la vida del planeta.

Hacia las once llegó Junior du Toit. Llevaba el mismo pantalón de color verde intenso muy ceñido a los tobillos y las mismas zapatillas deportivas en blanco y negro del día anterior. En primer lugar, hizo fotografías del grupo de estudiantes y de los trabajadores del ayuntamiento y luego se instaló debajo de nuestro árbol.

—¿Habéis visto el artículo? —preguntó, mostrándonos un periódico.

Le dije que sí con la cabeza.

—Espero que os haya gustado. —Sonrió en el interior de su barba y señaló a los estudiantes—. Parece que habéis llamado la atención de la gente. Para el periódico de mañana me gustaría escribir un artículo de seguimiento. Pero decidme: ¿qué tal os sentís hoy?

Esperé a que Leila dijera alguna cosa, pero se limitó a mirar al frente.

—Bueno... a mí me duele un poco el culo —respondí yo al final.

Y al instante me sentí como un imbécil. Donovan y Adrian se morirían de risa si en el periódico del día siguiente aparecía mi frase.

—Pero…, claro…, es por una buena causa —dije—. No perdemos la esperanza. Nos quedaremos aquí hasta que el árbol esté a salvo.

Eso sonaba más como algo digno de aparecer citado en un artículo de prensa.

Junior formuló algunas preguntas más. Y me esforcé por darle respuestas inteligentes. Ojalá hubiera podido ver lo que estaba anotando en su cuaderno.

Se quedó por fin satisfecho. Nos hizo más fotos a Leila y a mí y se marchó.

Cuando Junior desapareció, fulminé con la mirada a Leila.

—¿Por qué te has quedado aquí sentada sin decir nada y dejando que fuera yo el que respondiera a todas las preguntas?

Se limitó a encogerse de hombros con indiferencia. Vi que tenía ojeras oscuras. Durante las dos últimas noches había dormido mucho menos que yo.

De pronto, se me ocurrió una cosa.

—Leila, ¿estás cansada de todo este asunto del árbol? —le pregunté—. Lo digo porque si quieres volver a casa, solo tienes que decirlo. Ahora tenemos aquí a estos estudiantes, hemos salido en los periódicos y todo…

Sin decir palabra, Leila cogió el paño de cocina que había utilizado el día anterior para secarse las lágrimas y me lo entregó.

- —Si quieres puedes irte —dijo en voz baja—. Nada te obliga a seguir aquí.
- —¡No quería decir eso! —exclamé, poniéndome rápidamente a la defensiva—. Solo era una comprobación, por si acaso yo estaba sentado aquí en este árbol pensando que tú querías que estuviese sentado aquí, y tú solo estabas sentada aquí en este árbol porque pensabas que yo quería estar sentado aquí. Lo cual sería una tremenda estupidez, creo.

Leila volvió a fulminarme con la mirada. Era una experta en esas miradas.

«A lo mejor —pensé—, acaba siendo abogada, como mi madre». Mi madre siempre decía que una mirada acertada en los tribunales a veces valía mucho más que todo un discurso.

Aparté la vista. No me apetecía escuchar el prolongado discurso que contenía la mirada de Leila.

12

La pelea

A última hora de la tarde, Killer y el grupo de estudiantes se cansaron de gritar consignas y de agitar pancartas. Las camionetas y el furgón del ayuntamiento se habían marchado hacía ya una hora con el árbol cortado.

Los estudiantes se acomodaron bajo un eucalipto azul, algo apartados de nosotros. Gracias a Leila, me estaba convirtiendo poco a poco en un experto en árboles.

Nosotros seguimos sentados en nuestro árbol, observando cómo los estudiantes encendían una hoguera y reían y charlaban a su alrededor. Se veía de lejos que el chico pelirrojo con rastas y una de las chicas, una rubia de pelo largo, estaban tremendamente enamorados. Sentados en la hierba, empezaron a besarse como si hubieran olvidado por completo que estaban rodeados de gente. Me pregunté si Donovan besaría así a las chicas en la *lapa*. Me había amenazado con matarme y rematarme si me atrevía a cercarme a la *lapa* mientras él impartía sus clases particulares de besos.

Miré de reojo a Leila. Estaba sentada con aquella sonrisilla tan suya y tan rara viendo cómo la pareja no dejaba de besarse.

Donovan apenas era dos años mayor que yo, pero era un besador experto. Yo, por mi parte, jamás había besado a una chica adecuadamente. Sí, hubo una vez, en la fiesta de cumpleaños de Rohan, en que su prima me besó mientras estábamos los dos escondidos en el armario, pero no fue más que un piquito... y después me enteré de que había besado a prácticamente todos los chicos de la fiesta. Pensaba en un beso de verdad, de esos en los que la chica acaba con todo el lápiz de labios corrido, el pelo alborotado y las mejillas encendidas.

Cuando cayó la noche, llegó una furgoneta Camper pintada con colores chillones y aparcó justo debajo del eucalipto azul. Salieron en tropel de su interior más estudiantes. Saludaron ruidosamente al pequeño grupo de Killer y empezaron a descargar neveras de la furgoneta.

—Ya sabéis que no como carne —refunfuñó la chica que había recitado el poema—. Me parece increíble que podáis llegar a ser tan bárbaros. ¿Cómo os podéis comer algo que tenía cara?

Se la veía muy enfadada. Y crucé los dedos para que no empezara a improvisar un poema sobre la gente que comía carne.

Alguien dijo algo y todos se echaron a reír.

Gracias a la señora Merriman, nosotros teníamos para cenar carne asada, patatas al horno, judías y calabaza. Había pasado a primera hora de la tarde y había llegado con su bolsa de pícnic de color rosa llena de platos a rebosar. «La gente joven necesita cocina sana, tradicional y campestre», había dicho y había mirado con desaprobación las cajas de comida de Woolworths que mi padre nos había traído.

La señora Merriman no había hecho muchos comentarios sobre el grupo de estudiantes. Mientras comíamos, los había observado sin decir nada. Y yo me había preguntado si estaría pensando en su hijo.

Mi padre tampoco había dicho gran cosa cuando se había pasado por aquí. Nos había mirado a Leila y a mí, que no habíamos bajado del árbol, y había sacudido la cabeza como si estuviera viendo un partido de *rugby* en el que el árbitro tomaba malas decisiones constantemente.

Sin embargo, la señora Merriman nos había dicho que la perra y sus cachorros estaban muy bien. Pensaba que Milly era un nombre muy bonito y nos había prometido que pediría a la gente de la SPCA que la llamaran así. La señora Merriman y la SPCA harían todo lo posible por encontrarles a todos un buen hogar.

Cuando la oscuridad se transformó en noche cerrada, la madre de Leila encendió una pequeña linterna que funcionaba con pilas. No sé si habría ido expresamente a comprarla, ya que el viento había apagado las velas las otras noches.

Los estudiantes seguían riendo y charlando, cada vez más fuerte. Estaban sentados en un pequeño círculo alrededor del resplandor anaranjado de la hoguera y casi todos ellos tenían una botella en la mano. Era una escena extraña: en plena oscuridad, el círculo blanco que formaba la linterna y el círculo amarillo anaranjado del fuego.

—Vosotros tres, ¿va todo bien? —preguntó una voz.

Los aros de la nariz de Killer brillaron a la luz de la linterna.

—Todo bien, gracias —respondió la madre de Leila. Pero su voz sonó un poquito rara, ligeramente ansiosa.

Killer levantó la vista hacia la oscuridad, hacia la rama donde Leila y yo estábamos sentados.

—Siento lo del ruido —dijo—. Esta gente utiliza cualquier excusa para montar una fiesta. Leila y su madre no dijeron nada. Yo sabía que era porque no querían decir nada. Porque era lo que solían hacer.

Y el único motivo por el que yo no dije nada fue porque no se me ocurrió qué decir.

—Pienso que sois muy valientes, de verdad —dijo Killer.

Me sabía mal por ella porque nadie decía nada.

—Pues… yo pienso que tú también fuiste muy valiente al ponerte esos aros en la nariz —dije—. Debió de doler.

El comentario era probablemente la estupidez más grande posible pero era algo, al menos.

Killer se echó a reír.

—Les dolió más a mi madre y a mi padre que a mí.

No entendí muy bien qué quería decir con eso, y no se me ocurrió nada más que decir.

Killer se quedó con nosotros un momento más y enseguida volvió a la hoguera.

Leila bajó del árbol y fue a sentarse con su madre. No hablaron.

Estaba aburrido, de modo que cogí la PlayStation y jugué un rato con el volumen más alto de lo necesario. No estaba seguro de qué me estaba poniendo más nervioso, si los estudiantes ruidosos o el silencio que reinaba bajo el árbol.

Cuando a la PlayStation se le acabó la batería, uno de los estudiantes cogió una guitarra. Se sentaron en círculo en la oscuridad y cantaron canciones que no me sonaban de nada.

Una chica nos trajo a Leila, a su madre y a mí un plato de papel para cada uno con una salchicha y un kebab vegetal. Leila me pasó su plato.

Le di un par de mordiscos. El kebab sabía a humo y la salchicha estaba cruda. Si Milly hubiese estado aquí, no me habría importado darle mi ración.

De pronto se me ocurrió pensar en qué tipo de árbol se habría cortado para la leña que utilizaban los estudiantes. ¿Se habría formulado esa pregunta alguno de ellos? Era un pensamiento de lo más deprimente.

Leila trepó al árbol y se sentó a mi lado.

—Puedes bajar a dormir, si quieres —dijo.

La miré con apatía.

—La verdad es que aún no tengo sueño.

Miré hacia abajo. La madre de Leila estaba tumbada sobre una colcha, de espaldas a nosotros. No sabía si dormía o no.

- —¿Por qué decidiste ponerle Milly a la perra? —pregunté.
- —Milly fue mi primer perro —respondió Leila—. Mi…, bueno…, la tuve cuando era muy pequeña. La atropelló un coche cuando yo tenía diez años. Y nunca más quise volver a tener perro.
- —En casa tenemos un perro —dije—. Se llama Señor Bones. Es un chucho. Y es un poco de todos. Mis hermanos y yo nos peleamos para ver quién recoge los zurullos que deja en el jardín.

Leila se rio.

Resultaba curioso: cada vez que Leila se reía, yo no podía evitar sonreír. Pensé que Leila no se reía casi nunca.

Sin prisa pero sin pausa, las voces de los estudiantes se fueron acallando. Guardaron la guitarra y el único vestigio que quedó de su presencia fue el débil resplandor de la hoguera.

Y entonces, dos de ellos empezaron a pelearse.

Solo se oían fragmentos de la pelea, pero reconocí las voces. Eran el chico pelirrojo de las rastas y su novia. Estaba claro que los besos apasionados de antes se habían olvidado por completo.

- —... dijiste que irías de vacaciones conmigo...
- —... les prometí a mis padres...
- —… no sientes nada por mí…
- —... sabes que no es verdad... A veces eres tan infantil...

Las voces fueron subiendo cada vez más de volumen en la oscuridad.

—¡Eres igual que mi padre! —gritó la chica, entonces se echó a llorar.

Inesperadamente, noté la mano de Leila deslizándose sobre la mía, como si fuese un animalito asustado y cálido. Me empezaron a zumbar los oídos.

El chico le gritó algo a la chica a modo de réplica.

Y de pronto, se encendió una luz.

—Ya basta —dijo alguien. El encargado del club de bolos no subió el tono de voz, pero de inmediato se hizo el silencio—. ¿Es que no tenéis vergüenza? ¿Cómo es posible que os comportéis así delante de dos niños? ¿Hay alguno de vosotros que esté aún lo bastante sobrio como para conducir esta furgoneta? Espero que sí, porque si mañana por la mañana os veo todavía por aquí, tendremos problemas.

- —Oye, abuelo, ¿quién te ha nombrado a ti el jefe de esto? —dijo el chico de las rastas.
- —¡Cierra el pico! —La voz seria y sensata de Killer resonó en la oscuridad.

El chico se calló al instante.

—Apagad esa hoguera —siguió diciendo el encargado—. ¿Es que no habéis visto el cartel que prohíbe encender fuego en el parque? ¿De qué sirve protestar para salvar los árboles si parece que estéis empeñados en prender fuego a este lugar?

Hubo un silencio impregnado de culpabilidad, como el que se produce justo después de que un profesor le eche la bronca a una clase alborotada.

El haz de la linterna enfocó el árbol.

Cohibido, retiré la mano de debajo de la de Leila. Y parpadeé para protegerme de la luz cegadora.

- —¿Estáis bien? —preguntó el encargado del club de bolos.
- —Sí. Muchas gracias —respondió Leila, sinceramente aliviada.

La madre de Leila se envolvió el cuerpo con los brazos, como si tuviera frío.

—Ojalá pudiéramos volver a casa —dijo, como si estuviera hablando para sus adentros.

El encargado del club de bolos bajó la linterna y se acercó hasta quedarse debajo del árbol. Cuando habló, su voz parecía cansada.

—Sé que no me corresponde decirlo, pero no podéis quedaros eternamente sentados en un árbol. Ni siquiera en un árbol tan estupendo como este.

No entendí muy bien qué quería decir con aquello, pero sí comprendí que no lo decía por mí. Estaba casi seguro de que intentaba comunicarle a Leila alguna cosa.

El encargado apoyó la espalda en el tronco del árbol y la linterna dibujó un círculo amarillo de luz en el suelo, a sus pies.

—Ya os conté la historia de mi hermano, el que se tumbó en el suelo delante de las excavadoras cuando empezaron a demoler el Distrito Seis —dijo, hablándole a la oscuridad—. Mi hermano pequeño era un valiente. Me sentía orgulloso de él. Pero después de aquello, se convirtió en una persona rabiosa, cada vez más rabiosa. Estaba enfadado con el gobierno. Estaba enfadado con los blancos. Estaba enfadado con mi madre y con la gente que no se revelaba. Estaba enfadado porque había tenido que marcharse de su barrio y vivir en otra casa y estudiar en otra escuela.

»Intenté hablar con él, pero su ira lo volvió sordo. Dejó los estudios y empezó a luchar contra el gobierno del apartheid. —Tío John suspiró—. Y perdió. Murió en los calabozos de la policía. Por aquel entonces, las cosas iban así. Luchar por una causa está muy bien, pero también hay que saber cuándo parar pues, de lo contrario, la lucha puede acabar siendo más grande que aquello contra lo que estás luchando.

El silencio se volvió sepulcral. No sabía si los estudiantes habrían oído también la historia del encargado del club de bolos. Sin decir nada más, Tío John enderezó la espalda y echó a andar en la oscuridad, con el círculo de luz de la linterna oscilando delante de él.

La historia que acababa de contarnos seguía zumbando en mis oídos, igual que habían seguido zumbando en mis oídos las motosierras de los trabajadores del ayuntamiento después de que por fin las hubieran desconectado.

Sabía que si nos había contado aquella historia era por alguna razón, pero mi cerebro estaba tan cansado que me resultaba imposible discernirla.

Oí a los estudiantes murmurando en la oscuridad, intentando entender también qué acababa de pasar.

Me habría gustado que Leila hubiera dicho alguna cosa.

13

El corazón de un árbol

Me despertó un crujido en plena noche. Abrí los ojos y agucé el oído, pero ni me moví ni me levanté del suelo. El parque estaba en silencio.

Bajo la débil luz de la luna vi que Leila bajaba del árbol. Tal vez quisiera ir al baño. Imaginé que, estando tan oscuro, lo correcto sería ofrecerme para acompañarla, pero decidí esperar un momento. Cuando llegó al suelo, noté que miraba con cuidado hacia donde yo estaba. No me moví.

A principios de año, había ido con mi clase a una excursión nocturna al zoológico. En las jaulas de los animales nocturnos había unas luces rojas especiales para que pudiéramos observar sus movimientos. Y Leila se movía en la oscuridad con la misma agilidad y el mismo sigilo que una de aquellas ginetas. Se acercó despacio a su madre. Con cuidado, cogió una esquina de la manta y la tapó bien; ella se agitó un poco, pero no se despertó. Entonces, Leila se puso en cuclillas a su lado. Era complicado ver qué estaba haciendo exactamente, pero me dio la impresión de que tan solo se quedaba allí, mirándola. Y siguió un rato en aquella posición antes de levantar finalmente un poco la mano y acariciarle el pelo. Y entonces, se incorporó.

—Marnus —me dijo muy bajito—. Ven.

Contuve la respiración. ¿Cómo sabía que estaba despierto?

Sin decir palabra, la seguí y subimos al árbol.

Mi trasero debía de haberse acostumbrado ya a estar sentado con incomodidad, porque en nada me instalé sin problemas en mi posición habitual sobre la rama.

Entonces, Leila encendió una linterna. Por la tarde, su madre se había acordado de traer una linterna de casa, pero no me había fijado en que Leila la subiera al árbol.

Inspiré hondo y, sin poder evitarlo, le formulé la pregunta que me estaba agobiando desde hacía tres días. Era, con toda probabilidad, la pregunta más obvia cuando llevas tres noches en un árbol en compañía de una persona, pero hasta aquel momento no había reunido el valor necesario para formularla.

- —Leila —musité—, ¿por qué haces esto?
- —¿Qué?
- —Ya sabes a qué me refiero. —Sabía que se hacía la tonta a propósito—. El árbol… ¿Por qué este árbol? ¿Por qué no el aromo dulce, o uno de los eucaliptos azules, o el almez blanco?
 - —Ya te lo dije —respondió Leila.
- —¿Por qué este es el árbol en el que aprendiste a trepar? —dije—. ¿Por qué es... «El Árbol Del Centro Del Universo»?

Leila apoyó la espalda en el tronco del árbol.

—Estás perdido en una isla y tienes tres objetos —dijo Leila, ignorando por completo mi pregunta. Ya me había dado cuenta de lo buena que era eludiendo preguntas—. Un paño de cocina, una linterna y una bolsita de uvas pasas. ¿Qué harías con ellos?

Oí que se rasgaba un plástico y me ofreció una bolsita con uvas pasas.

Cogí un puñado.

- —¿Crees que los caníbales comen uvas pasas? —pregunté.
- —Quizá sí —respondió—. Siempre y cuando seas capaz de convencerlos de que son globos oculares secos o algo por el estilo.

Me eché a reír.

Cuando Leila volvió a hablar, su voz no fue más que un murmullo.

- —Mi padre fue el que se inventó el juego de la isla. Cuando vas de viaje en coche, sirve para devorar kilómetros de aburrimiento. Mi isla siempre tenía caníbales y siempre utilizaba mis tres objetos para convertirme en una princesa caníbal. Cuando le tocaba el turno a mi madre, siempre acudía milagrosamente George Clooney a su rescate y luego utilizaba los tres objetos para que la vida en la isla fuera lo más divertida posible para él. Mi padre siempre fingía que se ponía muy celoso. Y siempre utilizaba sus tres objetos para hacer planes increíblemente inteligentes y estrambóticos para poder volver a casa.
 - —¿Tu padre…? —dije, con mucha cautela.
- —Él fue quien me enseñó a trepar a los árboles —explicó Leila—. A menudo decía que tenemos sangre de babuino en las venas. Por las noches, antes de que fuera la hora de ir a dormir, veníamos a veces a jugar un rato aquí al parque y trepábamos a este árbol, y entonces me enseñaba las estrellas, y me contaba historias sobre princesas caníbales y dragones y sirenas, y sobre

niñas salvajes con sangre de babuino, y también sobre árboles que caminaban y hablaban.

No formulé más preguntas porque parecía como si estuviera hablando sola.

—¿Quieres ver una cosa? —me preguntó entonces ella a mí.

Le dije que sí con la cabeza, un poco sorprendido de que se acordara de que yo seguía allí.

Me pasó la linterna. Y entonces se puso de pie sobre la rama.

- —Cuidado —dije, pensando que si se caía se partiría el cuello.
- —Ilumina aquí —me pidió, apartando una rama.

Dirigí la linterna hasta dar con el punto que Leila me estaba indicando. Y me llevé una sorpresa al descubrir que había una inscripción grabada en la corteza, unos cortes rojizos en el tronco oscuro. Con cuidado, me puse también de pie sobre la rama para poder ver mejor.

Era un corazón.

Alguien debía de haberlo grabado con una navaja. Parecía como si los cortes profundos que había sufrido el tronco hubiesen cicatrizado ya tiempo atrás. Dentro del corazón había algo escrito.

 $\ll W + M \gg$.

- —Se convirtió en mi árbol favorito para trepar bastante más tarde —dijo Leila—. Antes de que yo naciera, era el árbol de mi padre y de mi madre. Él grabó estas letras para ella.
 - —¿Leila? —preguntó una voz adormilada por debajo de nosotros.

Me llevé tal susto que casi pierdo el equilibrio.

- —¿Va todo bien?
- —Todo bien, señora —respondí con voz temblorosa.

Se apoderó de mí una oleada de pánico: «¿Y si la madre de Leila piensa que estamos ocupados con... con clases particulares de besos?».

Volví a sentarme en la rama.

Leila apagó la linterna. Mis ojos tardaron un rato en volverse a acostumbrar a la oscuridad. Por encima de nosotros, las estrellas asomaban entre las hojas aquí y allá.

—Mi padre abandonó a mi madre. —La voz de Leila sonó como un leve susurro—. Por otra mujer.

14

Los niños del árbol

Al amanecer del día siguiente, la mayoría de los estudiantes se habían marchado con la Camper. Lo único que quedaba de ellos era el círculo gris negruzco donde habían montado la hoguera la tarde anterior y tres sacos de dormir de color verde caqui extendidos sobre la hierba. Los tres estudiantes que seguían durmiendo estaban tan sumergidos en sus sacos de dormir tipo momia que resultaba imposible ver quiénes eran. Las pancartas que habían agitado el día anterior habían quedado apoyadas contra el tronco del eucalipto azul.

Estiré las piernas y miré a Leila y a su madre, tumbadas las dos bajo el árbol y aún profundamente dormidas.

La conversación que habíamos mantenido Leila y yo por la noche me parecía como un sueño, pero cuando levanté la vista y miré entre las hojas, atisbé la punta del corazón grabada en el tronco del árbol.

Pensé en mis padres. Siempre se estaban peleando. Intenté elaborar mentalmente una lista de diez cosas sobre las que habían estado discutiendo la última semana:

- 1. El nuevo rótulo que mi padre quería poner en su tienda de material deportivo. (Mi madre: «Esas cosas cuestan una fortuna. Y tus finanzas no es que anden muy boyantes, precisamente»).
- 2. El hecho de que las finanzas de la tienda de material deportivo no fueran muy boyantes. (Mi padre: «Pues una de las razones de que así sea es porque el rótulo es demasiado pequeño. La gente pasa por delante de la tienda y ni se entera»).
- 3. El motor del portón eléctrico del garaje que había petado.
- 4. Las latas de cerveza vacías que siempre se quedaban delante del televisor.
- 5. Las notas del cole de Donovan.
- 6. El hecho de que mi padre le hubiera pedido dinero prestado a Adrian para pedir una *pizza* a domicilio.

- 7. Un pavo. (Mi madre: «Muy bien, pues si queréis comer pavo el día de Navidad, adelante y compradlo vosotros y empezad a rellenarlo, porque lo que está claro es que yo no pienso hacerlo. Evidentemente, nadie en esta casa valora en absoluto el detalle de que yo esté tremendamente ocupada con un Proceso Judicial Muy Importante»).
- 8. El hecho de que mi madre estuviera tan ocupada con su Proceso Judicial Muy Importante.
- 9. Quién era el mejor presentador de noticias de televisión.

Pero antes de que me diera tiempo a pensar en la décima cosa, vi que llegaba el encargado del club de bolos.

Igual que las dos mañanas anteriores, venía cargado con una bandeja con tazas de café. Y exactamente igual que la mañana anterior, sujetaba un periódico bajo el brazo.

A lo mejor fue el aroma a café lo que despertó a Leila y a su madre, porque cuando el Tío John depositó la bandeja debajo del árbol, se levantaron las dos.

—Buenos días —dijo el encargado del club de bolos. Su voz sonó tranquila y feliz, como si se hubiera olvidado por completo de la espantosa historia sobre su hermano menor que nos había contado la tarde anterior—. ¡Traigo también café para vosotros tres! —gritó, dirigiéndose a los tres estudiantes dormidos.

Los sacos de dormir tipo momia empezaron a removerse. Lo primero que asomó de uno de ellos fue la cabeza de Killer, y luego las de otras dos chicas. Una de ellas era la que se había peleado con el chico pelirrojo. Salieron de los sacos de dormir, se acercaron a nosotros, conteniendo un bostezo tras otro, y aceptaron agradecidas sus tazas de café.

—De hecho, yo solo bebo café ecológico... —dijo una de las chicas, pero entonces miró al encargado del club de bolos con nerviosismo, y añadió—: Pero este tiene un aroma delicioso.

Con el cuerpo muy rígido, bajé del árbol.

Las siete tazas de café humeante caldearon el ambiente matutino.

—Siento lo de anoche —dijo Killer.

No entendí muy bien con quién de todos nosotros quería disculparse.

—¿Cuál es tu nombre real? —preguntó Leila, en una de sus típicas preguntas raras y sin venir a cuento de nada.

Killer se atragantó con el café y se quedó mirándola con los ojos abiertos de par en par.

—¿Y quién te dice a ti que Killer no es mi nombre real? Leila se encogió de hombros. —Tú empezarías siendo un bebé, como todo el mundo. ¿A quién se le ocurriría ponerle Killer a un bebé?

Los aros de la nariz de Killer brillaban bajo el sol matutino. Miró entonces hacia el árbol, como si hubiera olvidado cuál era su nombre real y confiara en verlo grabado en alguna parte del tronco.

—En realidad me llamo Joy —respondió—. Joy Meintjies. Y tienes razón. Mis padres son profesores y jamás se les habría pasado por la cabeza ponerle de nombre Killer a su bebé.

Miré a Killer. O a Joy. Vaya dos nombrecitos. La verdad es que no sabía cuál le sentaba mejor, si lo de «Killer-Asesina» o lo de «Joy-Alegría». Era fácil ver que ella se esforzaba por parecer una *killer*, pero a mí me daba la sensación de que también podía ser perfectamente una *joy*.

- —Pero los bebés crecen —continuó Killer. Y yo seguía sin tener claro a quién de todos nosotros se dirigía—. Y supongo que a veces salen un poco distintos de lo que todo el mundo esperaba.
 - —¿Y has matado a alguien de verdad? —preguntó Leila.
 - —¡Leila! —exclamó su madre, reprendiéndola.

Killer se echó a reír.

—Todavía no —respondió, y levantó una ceja para esbozar una expresión burlona de amenaza—. Lo único que he matado ha sido el sueño de mis padres. He matado sus alegrías como una auténtica aguafiestas, porque eso es lo que soy. Ellos tenían otros planes para mí, y se los eché a perder. Aguafiestas, tendrían que haberme llamado.

El encargado del club de bolos carraspeó y tomó la palabra.

—Pues no me gusta nada ser ahora yo el aguafiestas, pero debo volver al trabajo. Aquí os dejo el periódico. Sospecho que vais a tener un día muy ocupado.

Le entregó el periódico a Leila y recogió las tazas de café vacías.

Cuando vi la portada me quedé boquiabierto. En el titular podía leerse: «Más apoyo para la protesta de los niños del árbol».

Y debajo del titular aparecía una foto de los estudiantes manifestándose junto al árbol.

—«Facebook y Twitter están que arden hablando sobre los dos niños que intentan salvar un árbol del parque de su ciudad —dije, leyendo en voz alta—. Anoche, un grupo de Facebook creado para apoyar a los dos soldados verdes contaba ya con más de tres mil miembros. Además, los dos niños localizaron a una perra y sus dos cachorrillos y la SPCA ha podido rescatarlos para darles un hogar seguro».

Miré a Leila. Vi que se estremecía, y no entendí por qué.

Lo mejor de la Madre Tierra

Los primeros en aparecer, a las ocho de la mañana, fueron un hombre y una mujer vestidos con colores chillones, pelo largo y una diadema en la cabeza. Nos saludaron alegremente y se acomodaron en la hierba, a una distancia prudencial de la manta de la madre de Leila. Nos miraron a Leila y a mí y sonrieron, como si esperaran de nosotros que en cualquier momento empezáramos a dar un concierto desde lo alto del árbol.

Pisándoles los talones apareció un grupo de cinco ciclistas con gafas de sol y calvas bronceadas. Dejaron las bicicletas junto al eucalipto azul, al lado de las pancartas de los estudiantes, y se quedaron por allí charlando mientras nos miraban de vez en cuando. Uno de ellos nos hizo una foto con el teléfono móvil.

—Oh, no —gruñó Leila.

Siguió llegando más gente.

Gente paseando a su perro.

Madres con cochecitos.

Corredores aficionados.

Incluso un coro se puso a cantar villancicos *Joy to the World* y *Away in a Manger*. La directora del coro llevaba colgado al cuello un cartel donde se decía que necesitaban fondos para la gira que iban a realizar por el extranjero el año siguiente, y delante de ellos, en el césped, habían dejado un bote para que la gente les echara dinero.

Un hombre con un gorro de Papá Noel.

Alguien de una emisora de radio.

Un vendedor de helados en bicicleta.

Killer y las otras dos estudiantes empezaron a repartir pancartas.

Y al poco rato, el coro pasó de cantar villancicos a entonar: «¡El árbol debe quedarse! ¡El árbol debe quedarse!».

Las monedas siguieron tintineando al caer en el bote.

Una señora totalmente de rosa y tirando de dos caniches se abrió paso entre la muchedumbre.

—¡Santo cielo, pero si esto parece una fiesta al aire libre organizada por alguna iglesia! —exclamó la señora Merriman. Fue la única persona que se atrevió a acercarse a nosotros; todos los demás se mantenían a una distancia respetuosa—. Buenos días a los dos —dijo, saludándonos y un poco congestionada.

La señora Merriman, George y Trixibell se instalaron en una manta al lado de la madre de Leila.

- —¡Madre mía, cuánta gente! ¡Marnus, Leila, os estáis haciendo famosos! Sacó una fiambrera de la bolsa y la abrió. Estaba llena de madalenas. Nos las ofreció a Leila, a su madre y a mí.
- —Milly y sus cachorros están estupendamente —nos informó la señora Merriman—. Por lo visto, a Milly le encanta su nuevo nombre. Deberíais pensar también en nombres para los cachorrillos. Después de ese artículo que ha salido en el periódico de hoy, la SPCA no para de recibir llamadas de gente interesada en adoptar a Milly y sus pequeños y ofrecerles un buen hogar.

La multitud congregada alrededor del árbol no paraba de crecer. Hacia las diez de la mañana, era como si en el parque se estuviese celebrando un mercadillo de objetos de segunda mano.

Aprovechando un momento en el que Leila no miraba, intenté mojarme el pelo con agua de mi botella y peinármelo un poco, aun sin disponer de un espejo. ¡Imagínate tener que salir a escena delante de ciento siete personas sin haberte peinado, sin haberte lavado la cara y sin haberte cepillado los dientes! Porque hacía apenas unos minutos, la señora Merriman había intentado contar la gente y esa era la cifra que había obtenido: ciento siete personas.

El árbol parecía cada vez más un escenario, con Leila y yo como protagonistas, aun sin tener ninguno de los dos ni la más mínima idea de lo que teníamos que decir o hacer.

Y me daba la impresión de que Leila estaba empezando a sufrir pánico escénico. Se mordía sin cesar el labio inferior y miraba fijamente la rama que tenía delante.

Hasta la fecha, en los festivales del colegio, siempre me había tocado representar el papel del enano bailarín o del posadero. Nunca me habían dado un papel importante. Y ahora era la primera vez que sentía que los ojos de todo el mundo estaban posados en mí.

Cuando Junior du Toit llegó para hacernos otra vez fotos, sonreí y levanté el puño cerrado como había visto que hacían los estudiantes al manifestarse. Pensé que quedaría guay en la foto.

Pero Leila permaneció sentada e inmóvil como si fuese una estatua.

Donovan llegó hacia las once de la mañana. Iba con una chica que no había visto nunca. Era increíblemente guapa. Tenía el pelo oscuro y las piernas largas y bronceadas. Se abrieron paso a codazos entre la gente y llegaron hasta el árbol. Vi que Donovan nos señalaba a Leila y a mí.

La chica sonrió y nos saludó con la mano.

—¿De verdad que este es tu hermano? —gritó ella, haciéndose oír por encima del coro y las estudiantes, que seguían cantando. Señaló a Donovan.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza.

La chica se quedó sorprendida, volvió a sonreír y le dio la mano a Donovan.

—¡Me llamo Melissa! —me dijo, gritando.

La saludé con la mano.

—¡Hola, Melissa! —dije.

Todo el mundo se volvió hacia mi hermano y la chica.

Donovan sonrió como si le acabase de tocar la lotería. Me dio la impresión de que durante el resto de las vacaciones sus clases particulares de besos se limitarían a una sola alumna.

—Tengo que ir al baño —le dije a Leila cuando mi hermano y su amiga se marcharon.

Me respondió con un gesto de apatía, como queriendo decir: «¿Y? Ve. ¿Acaso pongo cara de intentar impedírtelo?».

Sintiéndome ofendido, cogí el neceser y me dispuse a bajar del árbol. ¿Por qué estaría Leila con aquel humor de perros?

—¿Qué pasa? —gritó una voz preocupada en cuanto toqué el suelo.

De pronto, las estudiantes y el coro dejaron de cantar.

- —Oh, no, ¿se está dando por vencido el niño? —preguntó una señora que llevaba una bolsa de la compra en la mano.
- —¡No se preocupe! ¡Simplemente tiene que bajar del árbol… para ir a regar las flores! —gritó alguien.

Las carcajadas recorrieron el grupo. Me ardían las orejas. Me dirigí lo más rápidamente posible al club de bolos.

Aún no había ningún jugador en la pista. Crucé la verja. No había tampoco ni rastro del encargado.

Los servicios estaban fríos y a oscuras. Encendí la luz y cerré la puerta. Ya no se oían los cánticos alrededor del árbol.

Después de hacer mis necesidades, me planté delante del lavabo y me miré al espejo. Tenía pelos disparados hacia todos los lados, tal y como me imaginaba. Abrí el grifo y metí la cabeza bajo el chorro de agua. Luego me sequé el pelo con una de las toallas inmaculadamente blancas e intenté domar con el peine los remolinos más rebeldes. Colgué bien colgada la toalla en el toallero y me cepillé los dientes.

Cuando terminé, me entretuve un poco más en los baños. Pensé que tal vez era así como se sentían los actores durante el intermedio, antes de que empezara el siguiente acto, o como se sentían los cantantes de *rock* famosos antes de saltar al escenario.

Cerré la cremallera del neceser, me di un último repaso en el espejo y me guiñé el ojo.

Abrí la puerta de los baños... y choqué contra un hombre que entraba corriendo.

- —¡Marnus! —exclamó con preocupación—. ¿Estás bien?
- —Lo siento —murmuré, llevándome la mano a la nariz, dolorida. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

La verdad es que no sabía por qué acababa de decir «lo siento» porque, al fin y al cabo, el que se había hecho daño era yo. Me palpé con cuidado la nariz. Por suerte, no parecía haberme roto nada y tampoco estaba sangrando.

El hombre me tendió la mano.

—¡Eres justo el chico con quien esperaba tropezarme! —dijo en broma—. Dimitri Giorgiou. Encantado de conocerte.

Le estreché la mano. Seguía con los ojos llorosos después del tremendo golpe en la nariz.

El hombre que me estrechaba la mano tenía el pelo oscuro y una barba de tres días, pero no ese tipo de barba de tres días descuidada que le salía a mi padre cuando estaba de vacaciones y se negaba a afeitarse, sino la barba que lucían los modelos masculinos en los anuncios de loción para después del afeitado. Me pregunté si no tendría calor vestido con traje, pero la verdad es que parecía recién salido de una oficina con aire acondicionado.

—Hace calor, ¿eh? —dijo, como si acabara de leerme el pensamiento—. ¿Te apetece un refresco?

Me puso en la mano una lata de color amarillo canario. Me quedé mirándola, sorprendido. Mi madre nos había dicho mil veces que no debíamos aceptar regalos de desconocidos.

- —Eh... no, gracias —dije.
- —¡Venga! —contestó, con una sonrisa de oreja a oreja—. Estoy seguro de que un hombre como tú está muerto de sed después de pasarse todo el día sentado en un árbol. Solo quería decirte que pienso que lo que esa chica y tú estáis haciendo es absolutamente fantástico. La ecología y lo verde está en boca de todo el mundo últimamente, pero muy poca gente se siente de verdad preparada para luchar contra el calentamiento global, la contaminación y la desaparición de nuestros bosques. Por eso me gustaría ser vuestro patrocinador.

Lo miré frunciendo el entrecejo. Dimitri Giorgiou hablaba tan rápido que la cabeza me daba vueltas.

- —¿Patrocinador? —repetí.
- —Eso es, sí. —Señaló la lata—. Lo que tienes en este momento en la mano no es un refresco normal y corriente. Empecemos con la lata en sí: está fabricada con metal cien por cien reciclado. Provocando un daño mínimo al medioambiente. Pero espera a abrirla...

Me miró con expectación.

Abrí la lata.

El hombre siguió mirándome, de manera que bebí con cuidado un sorbo... pensando que a mi madre le daría un ataque si pudiera verme en aquel momento.

—¿Qué tal sabe? —preguntó Dimitri.

Y antes de que me diera tiempo a decidir si sería de mala educación decirle que sabía un poco como a refresco barato con escaso sabor, el hombre respondió a su propia pregunta.

—Sabe a lo mejor que la Madre Tierra tiene para ofrecernos. De ahí viene su nombre: «Regalo de la Naturaleza». Es bueno para la naturaleza y es bueno para ti. Sin conservantes. Sin aromatizantes ni colorantes artificiales. Sin azúcares añadidos.

Sospechaba que todas esas cosas que acababa de mencionar eran precisamente las que hacían que los refrescos normales y corrientes supieran tan bien, pero me callé.

—Tengo una propuesta para ti —continuó el hombre—. Una propuesta a la que no podrás decir que no…

Correr

—Tengo buenas noticias —le dije a Leila en cuanto, jadeando un poco, volví a encaramarme al árbol.

Llegar desde la pista de bolos hasta el árbol me había costado lo suyo. La verdad es que había ya mucha gente. Algunos me habían parado para hablar conmigo. Una chica incluso me había pedido un autógrafo. Y era bastante guapa, además. Pensé en lo celoso que se pondría Donovan si le pedía su número de teléfono.

Entre las voces y los cánticos de la gente, me pareció que Leila no me había oído.

—¡He dicho que tengo buenas noticias! —repetí, más fuerte.

Pero Leila no reaccionó y siguió con la mirada perdida. Ni siquiera se había dado cuenta de que llevaba otra camiseta. Me disponía a repetir lo que acababa de decirle, subiendo todavía más el tono de voz, cuando se volvió hacia mí.

—Está aquí —dijo.

Y lo dijo como si acabara de enterarse de que venía alguien en camino dispuesto a derribar el árbol con una excavadora, igual que en su día habían demolido la casa de los padres del Tío John en el Distrito Seis.

Puse muy mala cara.

—¿Quién? —pregunté.

Pero volvía a tener la mirada perdida.

Confuso, observé el gentío congregado en el parque. Calculé que debía de haber unas doscientas personas pero, curiosamente, mis ojos se sintieron atraídos de inmediato hacia un hombre de pelo rubio, situado hacia el fondo de la muchedumbre. Era el único que no estaba ni cantando, ni charlando, ni haciendo ningún tipo de aspaviento. Tenía los hombros ligeramente caídos, como si cargara con un peso muy grande, escondía las manos en los bolsillos

de unos pantalones tipo pirata, y no dejaba de mirarnos. Algo en su cara, en su mirada tan intensa, me parecía familiar. Volví a mirar a Leila.

—¿Es…? —empecé a preguntar.

Pero antes de que me diera tiempo a terminar la frase, llegó hasta nosotros Dimitri Giorgiou. Llevaba una pancarta enrollada debajo del brazo. La desenrolló y utilizó una cuerda para atarla al tronco del árbol.

—¡Oiga, usted! ¿Pero qué se piensa que está haciendo? —gritó la señora Merriman, muy enfadada.

George y Trixibelle gruñeron.

- —Desde este momento, Regalo de la Naturaleza es el patrocinador oficial de «El Árbol Del Centro Del Universo» —anunció Dimitri con orgullo—. Ayudaremos a salvar este árbol. Regalo de la Naturaleza es un refresco cien por cien natural y tremendamente refrescante, libre de conservantes y…
- —¿Pero de qué habla? —me preguntó Leila—. ¿Cómo sabe lo de «El Árbol Del Centro Del Universo»?

Lo dijo bastante tranquila, pero yo no tenía muy claro si esto era buena o mala señal.

—¡Es lo que quería explicarte! —respondí—. Ahora tenemos un patrocinador.

Poder proclamar eso me parecía estupendo. Mi padre patrocinaba el equipamiento deportivo de Donovan y el resto de los integrantes del primer equipo de *rugby*, y un fabricante de bañadores muy conocido se había ofrecido a patrocinar a Donovan al año siguiente, cuando compitiera en los campeonatos nacionales de natación. A mí, hasta la fecha, nadie se me había ofrecido a patrocinarme nada.

Y en aquel momento ya no me sentía invisible, ni mucho menos.

—Dimitri, el tipo ese que acaba de colgar la pancarta, piensa pagar panfletos para distribuir entre la gente y forzar al ayuntamiento a dejar el árbol en paz y salvar el parque —le expliqué en una frase larguísima en la que ni siquiera me paré para coger aire. Le pasé una camiseta amarilla a Leila—. Toma, esta es tu camiseta. Dimitri piensa regalar una de sus camisetas a cada una de las personas que están en el parque y…

Leila me arrancó la camiseta de la mano. Cayó al suelo como un canario muerto. Los ojos de Leila eran de un azul gélido.

—¿Qué te pasa? —pregunté, sorprendido—. Pensaba que... Oye, ¿dónde vas?

Leila empezó a bajar del árbol.

—¡Vuelve, Leila!

Ni siquiera se tomó la molestia de deslizarse por el último tramo del tronco, sino que saltó directamente al suelo.

Sorprendido, Dimitri Giorgiou dio un paso atrás cuando Leila aterrizó junto a él. La gente que estaba más cerca del árbol contuvo un grito, y los que se encontraban detrás se abrieron paso a codazos para intentar ver qué estaba pasando.

Leila echó a correr.

—¿Leila? —dijo su madre—. ¡Leila!

Pero era como si Leila no viese ni oyese nada. Cruzó en tromba la muchedumbre. La gente, sorprendida, fue abriéndole paso. El cabello de Leila se agitaba a sus espaldas.

Pasó por delante de Killer y los miembros del coro.

Pasó por delante del carrito de los helados.

Cruzó corriendo la calle. Un coche le tocó el claxon y los neumáticos chirriaron sobre el asfalto.

Corrió hasta que acabé perdiéndola de vista.

Despacio, pero sin dudarlo un instante, el público se fue volviendo hacia mí. Y era como si todo el mundo me atravesara con la mirada.

Tragué saliva.

Me sentía como si una excavadora me hubiera pasado por encima.

Poco a poco, empecé a descender del árbol.

Me falló la mano y me raspé la pierna entera con la corteza. Los espectadores contuvieron más gritos.

Apreté los dientes y, cuando llegué al suelo, inspiré hondo.

Miré unos segundos a la señora Merriman y a la madre de Leila.

Me quité la estúpida camiseta amarilla con el logotipo de Regalo de la Naturaleza y la tiré al suelo.

Cabizbajo, eché a andar hacia mi casa.

Cuando todo cambia y todo sigue siendo exactamente igual

—Oye tú, tontolaba, ¿piensas prepararme el café o te apetece un buen tirón de calzoncillos?

Cuando alguien te dice algo así, puedes hacer dos cosas.

Opción número uno: puedes dejar todo lo que estás haciendo y correr de inmediato a enchufar el hervidor.

Opción número dos: puedes intentar hacerle entender a esa persona, empleando un tono muy amigable, que estás ocupado lavando los platos porque le debes a tu hermano pequeño la cantidad más o menos equivalente a un año de tu paga y decirle que se prepare él solito el café.

Donovan abrió los ojos de par en par cuando escuchó mi respuesta. Evidentemente, no se esperaba que yo eligiese la opción número dos.

—¿Qué has dicho? —dijo entre dientes.

Eché de mala gana unos cuantos cuchillos y tenedores en el agua espumosa de lavar los platos.

—He dicho que te prepares tú solo tu puñetero café, a menos que prefieras lavar tú los platos.

Donovan se acercó con cara amenazadora y entonces, inesperadamente, sonrió.

- —Así que ahora juegas a hacerte el duro, ¿no? —Me dio un puñetazo en el hombro, pero entonces, maravilla de las maravillas, fue directo a enchufar el hervidor—. No te creas que porque vas a empezar en el instituto el año que viene y porque te has pasado unos días sentado en un árbol con tu novia puedes empezar de repente a hacer todo lo que te venga en gana. ¿Captas lo que te estoy diciendo?
 - —No es mi novia.

Se me formó un nudo en la garganta al pensar en Leila.

A esta misma hora, la mañana anterior, todo era distinto.

A esta misma hora, la mañana anterior, estábamos aún sentados en el árbol.

El encargado del club de bolos había llegado con el café.

Las estudiantes y el coro habían cantado canciones y agitado las pancartas.

La gente nos había hecho fotos.

Y yo me había comportado como un idiota.

—¿Has tenido noticias de ella? —preguntó Donovan.

Dejé una bandeja en el escurreplatos y me quedé mirándolo, sorprendido. No tenía recuerdos de que mi hermano me hubiera hablado alguna vez como si yo fuera un ser humano normal. Normalmente, se limitaba a amenazarme y a burlarse de mí, y siempre buscaba pelea.

—No —respondí.

Donovan sonrió.

- —Las chicas son raras. Ya te acostumbrarás. —Observó su reflejo en la puerta del microondas y flexionó los bíceps—. Melissa no para de hablar sobre el calentamiento global y sobre los bosques que están talando y otras cosas de esas. Piensa que tú y esa tal Leila fuisteis increíblemente valientes. Os llama «egoguerreros», o algo por el estilo.
 - —Ecoguerreros —dije, corrigiéndolo.
 - —¿Qué?

Sacudí la cabeza.

—Da igual.

Donovan resopló.

—Bueno, el caso es que sigo pensando que eso de pasarse tanto tiempo sentado en un árbol es una chorrada. —Se quedó un momento sin decir nada y empezó a jugar con el salero y el pimentero. Me dio la impresión de que estaba haciendo que los dos recipientes se besaran—. Le dije a papá que el año que viene no pienso jugar al *rugby* —dijo, sin levantar la vista.

Casi se me cae un plato.

—¿Que hiciste qué?

Donovan se encogió de hombros.

- —Y que voy a concentrarme solo en la natación.
- —¿Y qué te dijo? —pregunté.

Mi padre le compró a Donovan su primer balón de *rugby* antes incluso de que naciera. Si el primer equipo jugaba durante el horario de apertura de la

tienda, mi padre era capaz de poner el cartel de cerrado para poder ir a verlo. Nunca, jamás, se había perdido un partido de Donovan.

—La verdad es que no dio precisamente saltos mortales de alegría —respondió Donovan con sequedad. Tomó asiento en una de las sillas de la cocina y se puso cómodo, colocando los pies descalzos sobre la mesa—. Aunque creo que con todo ese follón que tú tenías montado estaba un poco distraído. Es posible que reaccione peor cuando lo haya asimilado del todo.

A lo mejor mi padre se sentía igual que me sentía yo, incapaz de asimilar por completo todo lo que había pasado esos últimos días. Imaginaba que cualquiera se sentiría como me sentía ahora yo si una mañana abría la puerta de su casa porque alguien había llamado al timbre y, al momento siguiente, se encontraba sentado en un árbol en compañía de una chica y, a partir de entonces, su vida era un continuo conocer a todo tipo de gente y acababa incluso apareciendo en la portada del periódico.

El día anterior por la tarde, al llegar a casa, me había derrumbado en la cama y me había quedado dormido casi al instante. Era como si mi cerebro hubiera tenido suficiente de todo y hubiera decidido desconectar. Y no me había despertado hasta que mi madre me había llamado para ir a cenar.

Habíamos cenado como si no hubiera pasado nada. Mi madre había estado hablando sobre su Proceso Judicial Muy Importante. Mi padre había estado quejándose de las ventas navideñas de la tienda —que al parecer iban fatal—y de que la gente prefería gandulear delante de la tele antes que hacer deporte. Donovan había estado bastante callado, y yo había imaginado que era porque estaba todo el rato pensando en Melissa.

Adrian había sido el único que no había parado de formular preguntas sobre mis tres días en el árbol. Y yo le había respondido el menor número de preguntas posible. Adrian se había quedado decepcionado al enterarse del poco dinero que me había ofrecido el hombre del refresco y de que yo no le hubiera pedido más.

Fuera, la bomba de la piscina seguía con su «chug-chug».

Y el zumbido de la nevera seguía recordándome el ronroneo de un gato.

En el jardín de enfrente, el señor Bones le ladraba a la esposa del reverendo, que pasaba por allí con su pastor alemán, como acostumbraba a hacer siempre a aquella hora de la mañana.

Era como si hubiera estado metido en una máquina del tiempo y hubiera retrocedido tres días...

La señora Merriman, que vestía de rosa y echaba de menos a su hijo que deambulaba como un vagabundo por las calles.

Milly y sus cachorritos.

El encargado del club de bolos y su historia sobre las excavadoras.

Los jugadores de bolos que entrenaban para ser ángeles.

Killer, que en realidad se llamaba Joy.

Los artículos de portada.

El juego de la isla.

Leila y El Árbol Del Centro Del Universo con las iniciales de su madre y su padre grabadas en el tronco.

Era como si todo aquello no hubiera sido más que un sueño.

Era como si algo hubiera cambiado en esos últimos tres días.

Pero, de pronto, todo volvía a ser exactamente igual.

Estaba tan tremendamente absorto en mis pensamientos que, por inercia, le preparé el café a Donovan en cuanto el agua del hervidor estuvo a punto, incluso después de haberlo convencido por primera vez en mi vida de que se lo preparase él solito.

Un árbol invisible

Luego, por la tarde, fui al parque.

—¿Dónde vas? —quiso saber un receloso Donovan cuando me vio salir sigilosamente por la puerta—. Ha dicho mamá que vigile muy de cerca que no vayas a cometer otra locura.

Le prometí que no tenía pensado ir a sentarme otra vez en el árbol.

Cuando llegué al parque, estaba desierto.

Todo el mundo se había marchado. Killer y las otras estudiantes. El coro. Los ciclistas. La chica guapa que me había pedido un autógrafo.

Y el árbol.

Los del ayuntamiento habían vuelto a pasar por allí. Cara Roja y Cara Rata habían hecho su trabajo.

En cierto sentido me lo esperaba, pero igualmente me quedé conmocionado cuando vi el tocón que sobresalía del suelo.

Una vez, cuando tenía yo siete u ocho años, estaba en la zona de juegos de un McDonald's y vi a una mujer a la que le faltaba un brazo, tenía solo un muñón. La mujer debió de darse cuenta de que me quedaba mirándola, porque se acercó a mí y me preguntó, con una sonrisa amable: «¿Quieres tocarlo?». Me asusté tanto que me puse a gritar como un histérico y eché a correr hacia donde estaban mis padres. Durante las semanas posteriores, tuve pesadillas en las que aparecía constantemente el muñón rosado de aquella mujer.

Y el tocón del árbol era muy similar a aquel muñón: algo que no podías dejar de mirar pero que te daba mucho miedo tocar.

En el suelo había unas cuantas hojas. Era todo lo que quedaba del árbol.

Y yo ya no tenía siete u ocho años.

Tenía trece.

Al año siguiente iría al instituto.

Ya no lloraba por todo.

Pero la quemazón que sentía en el pecho era tan intensa que pensé que me iba a ahogar. Apreté los dientes y cerré los puños con fuerza.

Era una estupidez. No tenía ni idea de por qué tenía tantas ganas de llorar. No era más que un árbol estúpido. A diario se talaban miles y miles de árboles y nadie derramaba ni una sola lágrima por ellos.

—Un árbol debería ser para toda la eternidad —dijo una voz a mis espaldas.

Me sequé rápidamente los ojos.

El encargado del club de bolos estaba a mi lado, pero no lo miré.

—Sin embargo, nada en este mundo es eterno —continuó, hablando con voz serena—. Lo más importante es que tanto tú como Leila os asegurasteis de que este árbol tuviera visibilidad. Y eso, en el mundo de hoy en día, es mucho más necesario de lo que te imaginas: tener visibilidad. Cada vez hay más árboles, más animales y más personas que se vuelven invisibles, o que simplemente desaparecen, sin que nadie vuelva a recordarlos jamás. —Posó la mano en mi hombro un instante—. Leila y tú podéis pasar por el club a tomar un café siempre que queráis.

Y a continuación, el Tío John dio media vuelta y regresó a la pista de bolos.

Solté el aire que había estado conteniendo y fijé la vista en el tocón serrado que sobresalía del suelo. Pensé en el señor Fourie, que siempre decía que yo tenía una imaginación muy rica, y en lo que acababa de decir el encargado del club de bolos.

A lo mejor podía imaginarme que el árbol, simplemente, se había vuelto invisible y...

Visualicé un tronco grueso y rugoso brotando del tocón cortado. El tronco crecía y se hacía cada vez más alto y más alto. Del tronco brotaban entonces ramas gruesas, bajas, muy pegadas las unas a las otras..., el tipo de rama perfecto para enseñar a una niña a trepar a un árbol. El tronco se iba elevando hacia el cielo, cada vez más arriba, y más arriba, hasta que te mareabas solo de mirarlo. Y se iba dividiendo en ramas y ramitas. El árbol se transformaba con una explosión de hojas. Y entonces, los pájaros volaban para asentarse en sus ramas, y una vez acomodados gorjeaban y trinaban; las hojas susurraban con el viento; la corteza rugosa se calentaba con el sol de la tarde. Y en la corteza, en un lugar secreto escondido entre las hojas, aparecía un corazón con dos letras en su interior.

Sonreí.

Al final de la última redacción de mi cuaderno de ejercicios, el señor Fourie había escrito: «¡Sigue escribiendo redacciones tan buenas como esta! El año que viene echaré mucho de menos tu talento». Me puso un nueve y medio por aquella redacción.

Confiaba en que el curso que viene se me presentase la oportunidad de escribir una redacción sobre un árbol que brotaba rápidamente del suelo. Sería una redacción excelente. Estaba seguro. El encargado del club de bolos tenía razón: ser visible era estupendo, aunque fuera solo por saber escribir buenas redacciones.

En aquel momento creí comprender por qué la señora Merriman se teñía el pelo de color rosa, vestía siempre de rosa y andaba de puerta en puerta recaudando dinero para la SPCA.

Por qué Joy se rasuraba la cabeza, llevaba aros en la nariz y se había convertido en Killer.

Tal vez incluso podía llegar a comprender por qué mi madre dedicaba tanto tiempo a su Proceso Judicial Muy Importante; por qué mi padre quería un rótulo más grande para la tienda; por qué Adrian se dedicaba a elaborar planes inteligentes para ganar dinero desde que era pequeño.

Era por la visibilidad.

Sonreí. Porque la verdad era que tenía sentido.

Sí, excepto quizá en el caso de Adrian. Lo suyo era seguramente porque era un avaro nato.

Ser siempre Marnus-el-del-medio no tenía ninguna gracia. El que no era un buen nadador, el que no tenía cantidades impresionantes de novias y el que no era alérgico a los deberes del cole. El que no sabía leer con fluidez con cinco años de edad y no estaba ocupado constantemente con todo tipo de planes para ganar dinero.

Pensé que por fin había averiguado qué era lo que me había llevado de entrada a sentarme con Leila en el árbol.

Y, lo más importante de todo, pensé que por fin comprendía por qué Leila había puesto en marcha una petición para salvar el árbol.

A veces, todos necesitamos visibilidad..., incluso visibilidad ante tu propio padre.

—¡Marnus!

Me volví, sorprendido, cuando el encargado del club de bolos gritó mi nombre. Se había parado a cierta distancia de mí, antes de llegar a la pista, y me estaba mirando.

—¿Puedo contarte un secreto?

Le dije que sí con la cabeza.

—La primera tarde, a última hora, tu madre vino a verme a la pista de bolos. Me ofreció dinero a cambio de vigilaros a Leila y a ti todo el tiempo. Me negué a aceptar su dinero, pero le prometí que os cuidaría bien a los dos. Vi que estaba terriblemente preocupada por ti.

No podía creer lo que estaban oyendo mis oídos. Por eso el encargado del club de bolos había venido cada tarde a sentarse bajo el árbol con Leila, su madre y yo. Y por eso nos traía café por las mañanas y se había enfadado tanto cuando la situación se había descontrolado con los estudiantes.

Sonreí.

Mi familia era extraña.

—¡Feliz Navidad, Marnus! —dijo el encargado del club de bolos—. Ah, sí, casi se me olvida decírtelo…: la señora Merriman te envía recuerdos. Me ha invitado a comer con ella el día de Navidad.

Y volvió a dar media vuelta y se fue.

El encargado del club de bolos era un hombre mayor, sí, ¿pero eran imaginaciones mías, o de verdad acababa de ver que le brillaban los ojos igual que le brillaban a Donovan cuando hablaba de Melissa?

—¡Feliz Navidad, Tío John! —grité.

Hojas verdes

El número nueve de la calle Begonia no quedaba muy lejos del parque. Por suerte, Junior du Toit le había preguntado a Leila cuál era su apellido para poder publicarlo en el artículo pues, de lo contrario, no habría podido buscar la noche anterior su dirección en el listín telefónico.

La casa era casi como me la había imaginado. Tenía un porche soleado lleno de flores de color morado. Estaba seguro de que Leila conocía el nombre de esa planta con flores moradas. El césped necesitaba claramente de una pasada de cortacésped. En un rincón del porche, a pleno sol, había un gato de tonalidades anaranjadas que me miró con pereza, apenas entreabriendo los ojos, cuando presioné el timbre de la verja.

Esperé un poco, pero no acudió nadie a abrir la puerta.

Decepcionado, di media vuelta para marcharme, pero entonces, por el rabillo del ojo, atisbé un movimiento en una cortina.

—¡Leila! —grité.

Al principio pensé que iba a ignorarme, pero entonces se abrió la puerta de la casa.

Leila se acercó a la verja. Llevaba pantalón corto y una camiseta de color verde claro, e iba descalza. Tenía el pelo recogido en una cola de caballo.

—Hola, Marnus —dijo.

Esperaba que estuviese enfadada, pero me pareció que no. Una cosa había aprendido ya a esas alturas, aun sin conocerla demasiado: con Leila nunca sabías qué esperar.

—¿Cómo has sabido dónde vivía?

Me encogí de hombros.

—Sabía que estaba a poca distancia andando del parque y he leído algún que otro libro de espías, de modo que he empleado algunos trucos.

Sonrió.

Entonces, carraspeé un poco.

—Mmm... supongo que has visto... lo del árbol.

Se limitó a asentir. Aquella mañana sus ojos parecían más azules aún.

—Lo siento —dije.

Leila hizo un gesto con la cabeza, como queriéndole restar importancia al asunto.

—No es culpa tuya. La situación se... se nos fue un poco de las manos. ¿Quieres entrar? Estoy liada haciendo la maleta, pero puedes pasar un momento para tomar un refresco, si te apetece. No tenemos zumo de frutas orgánico, pero en la nevera hay Coca-Cola.

Su voz sonó con un leve tono de reproche, pero supuse que estaba bromeando.

—Esa cosa espantosa, eso del Regalo de la Naturaleza, sabía a agua de fregar los platos —murmuré—. Así…, ¿así que te marchas de vacaciones?

Dijo que sí con la cabeza.

—Mi madre y yo vamos a pasar la Navidad con mi abuela, en la costa. Y después de eso me iré con mi padre unos días —añadió, como si fuera lo más normal del mundo—. Me parece que ya va siendo hora de que conozca a mi madrastra y a mi pequeño hermanastro.

Me agaché para coger la bolsa de plástico negro que tenía a mis pies.

—Entonces, llego justo a tiempo —dije—. Esto es para ti. Feliz Navidad, aunque todavía falten cuatro días.

De camino hacia allí, la gente me había mirado raro. Supongo que no era muy frecuente ver a alguien recorriendo tres manzanas cargado con un árbol con una cinta roja atada al tronco. Pero ¡qué demonios! Tampoco es que fuera la cosa más rara que había hecho en los últimos días.

Leila abrió la verja y me cogió el arbolito.

- —Un zumaque blanco —dijo.
- —Nombre científico: *Rhus pendulina* —añadí, haciéndome el listo—. Espero que tengas espacio en el jardín. El hombre del invernadero me ha comentado que crecen muy rápido, pero que tendrás que esperar unos años antes de que sea lo bastante grande como para poder trepar a él.
- —Nunca se es demasiado viejo para trepar a un árbol —replicó Leila con una sonrisa. Acarició las hojas del arbolito y me miró, ladeando la cabeza—. Marnus, ¿te acuerdas de lo que me preguntaste el primer día, cuando me abriste la puerta de tu casa con el paño de cocina en la mano?

Incómodo, tosí un poco para disimular.

—Bueno…, te pregunté si venías por lo de las clases particulares de besos.

Y entonces, inesperadamente, Leila se inclinó hacia delante y me besó.

Fue solo un beso rápido que apenas me rozó los labios, pero mi corazón empezó a hacer cosas extrañas en el interior de mi pecho.

De pronto, el sol empezó a calentarme muchísimo más la cara y los hombros.

El viento me alborotó un poco el pelo.

Y noté un hormigueo que me recorría los brazos y las piernas.

Como si, en cualquier momento, fueran a brotar de mi cuerpo hojas y flores.

Agradecimientos

Este libro ha sido posible gracias a la ayuda de muchas personas y a todas ellas les estoy tremendamente agradecido.

En primer lugar, quiero dar las gracias (y muchos besos) a Elize, Mia y Emma, por vuestro amor, vuestra paciencia y por las palabras de aliento que me habéis dedicado durante todos esos ratos en los que he estado ausente mentalmente, trepando a los árboles a mi manera.

Mi editora, Miemie du Plessis, de LAPA Publishers, lleva prácticamente toda la vida cubriéndome la espalda. Gracias (y un maravilloso batido de leche tamaño gigante) por creer en mi primer cuento cuando tenía solo veintiún años y por haber seguido conmigo desde entonces.

Kobus Geldenhuys se encargó de la traducción al inglés y Madeleine Stevens de la corrección, y pienso que ambos realizaron una labor magnífica. Valoro muchísimo vuestro trabajo y la exquisitez con la que habéis abordado el relato.

Todo mi agradecimiento a BookTrust y a todos los implicados en el proyecto In Other Words, una iniciativa pionera que está consiguiendo que los libros extiendan sus alas por todo el mundo.

Y finalmente, quiero dar las gracias a mi editora, Shadi Doostdar, así como a Paul Nash, Kate Bland y el resto del equipo de Oneworld y Rock the Boat, que depositaron su fe en este libro y me hicieron sentir como en casa desde el primer momento.